

GENIIT

sociología
ciencia - literatura



Ana Maria Matute : Las mujeres. — Pedro de Alcántara García : Los españoles. — Cosme Paules : Tríptico humano. — Pedro Vallina : El verdugo de Málaga y sus descendientes. — Aldous Huxley : La elocuencia. — T. Salvador : Ali Bey. — J. Dejacques : Contra las dictaduras. — Floreal Ocaña : Educadores, sí; verdugos, no. — Conrado Lizcano : La casi imperceptible guerrilla del espíritu. — Georges Vidal : Han Ryner. El hombre y la obra. — J. Ruiz : Ideas sobre educación. — Denis. — El galeote. — Suno : Microcultura. — José Peirats : La Sión Hispánica (folletón encuadernable)

123

MARZO · 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NF



NUESTRA PORTADA

Los ojos enigmáticos de este gato, son el símbolo de la esfera en que está comprendida la existencia presente y futura del mundo.

Los egipcios daban a sus esfinges la expresión profunda de los ojos del gato. El fotógrafo, recogiendo esta instantánea, el gato junto a la esfera, quiere expresar la misma idea de enigma, de misterio y de destino.

Al reproducirla, nosotros también queremos expresar algo con ello. Queremos, en primer lugar, introducir una innovación en el ritmo de las portadas de CENIT. ¿Por qué este hermoso gato sereno y pensativo no había de tener derecho a los honores de nuestra portada? ¿Y por qué el símbolo de su presencia al lado de la bola de este mundo en que vivimos, no había de inspirar cuanto de sugestivo, de interesante, de inquieto y de misterioso hay en los ojos de un gato y en el porvenir del universo?

Ambos — gato y cosmos — se confunden, en nuestro espíritu, bajo una idéntica impresión de incertidumbre, de esperanza y de curiosidad. Si nos fuese dado ahondar en lo que será el mañana, individual y colectivo, la vida perdería muchos atractivos; es posible que se hiciese monótona y terrible.

Preferimos el misterio del gato, junto al misterio del mundo; sus ojos luminosos e insondables, al lado de lo que imaginamos de esa carrera vertiginosa de nuestro mundo, en medio de miríadas de mundos, en una ronda infinita hacia un fin tan desconocido como el origen; en una transformación incesante de la energía cósmica, que creó la vida y que va dando la muerte.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

Otra dignidad que acusa

LAS MUJERES

HE vivido tiempo cerca de un campo de prisioneros, de los llamados redimidos por el trabajo. Era casi niña, y me fijaba mucho en ellos. Pero aun más que en ellos, en aquellas mujeres suyas, que no podían vivir en el pueblo, que acampaban en las afueras del campo, un poco más allá de la empalizada, junto al río en chabolas de piedra, ladrillos viejos y latas. Más de un domingo por la mañana vi llegar a la camioneta con los presos que se dirigían a la iglesia del pueblo. En aquellas mañanas de domingo, después de la misa, se permitía entrar a los presos en la taberna del pueblo y beber algún vaso de vino. Durante unos veinte minutos, la taberna se llenaba de aquellos hombres vestidos de franela marrón, húmedas aún las cabezas rapadas, con las camisas limpias. Algunos se sentaban a las mesas de madera, junto a sus mujeres e hijos, y pedían cerveza. Otros permanecían apartados, silenciosos, como con timidez y hurañía. Recuerdo que el domingo pesaba, se sentía, en aquellas mañanas de sol. Miraba aquellas mujeres, aquellos niños quemados por el sol, subidos a las rodillas de sus padres que acaso torpemente les llenaban las manos de aceitunas negras y manchosas. Miraba aquellas manos, aquellos ojos, y por un momento parecía que el tiempo no sucedía, que no existía. Sobre todo en las manos y en los ojos de las mujeres, que nunca o casi nunca sonreían, ni tenían palabra amable alguna. Ellos sí, decían chistes, reían, y nombraban algo —o a un niño, o a un árbol, o algún incidente— con cariño. Ellas no. Eran concretas y certeras, duras, pero no amargas. Más amargura había en la risa o en el amor con que los hombres cogían en brazos a sus hijos. Me inquietaban aquellas mujeres, aquellos domingos, que podría decirse, les pertenecían a ellas, sólo a ellas. Aquel vino o aquella cerveza eran domingo, aquel calor, aquellos niños con su trajecillo a duras penas planchado,

que pedían aceitunas, eran domingo. Pero ellas lo presidían todo desde fuera, al borde de aquella fiesta, fuera de aquella fiesta que sin ellas, evidentemente, no existía. Con su mirada honda —no triste—, de antes y de después, miraban a su preso, a sus hijos, que habían seguido andando la camioneta, volverían a las chabolas detrás de la camioneta, seguían, seguían siempre, por un largo camino que no se quiere perder. A una orden del oficial, los presos se ponían las chaquetas, se alineaban y subían al camión, que arrancaba entre nubes de polvo. Y ellas detrás, andando, con sus niños, con su corte de perrillos, sin raza, a los que se olvidaban poner nombre. Alguna, si se puso medias y zapatos para entrar en la iglesia, se sentaba ahora al borde de la cuneta, se descalzaba con cuidado y se volvía a poner las alpargatas. Había en todas ellas un gesto tan cotidiano, tan, acaso, lleno de esperanza. También aquellos hombres que se alejaban en la camioneta, guardarían dentro de sí un tiempo de esperanza, hacia su trabajo, llamado de redención. De la extraña, sorprendente redención de los hombres. Con sus crímenes, o su mala suerte, su desprecio, su cobardía, su odio, su fanatismo o su apatía. ¿Quién podría saberlo, quién podría juzgarlos? Las mujeres que seguían a los presos cocinaban en hornillos hechos con piedras o ladrillos viejos. Bajaban al río a beber agua, a recogerla en cántaros, a lavar la ropa. Dormían bajo los techos de cañizo, latas vacías y cartón embreado. Esperaban.

Y a la noche, muchas veces, me sorprendía pensando en aquellas mujeres. Y me decía: «Son muy extrañas las mujeres». Las mujeres que pegaban ferozmente a sus hijos, que les gritaban, enfurecidas. Yo vi a más de una de ellas pegar a un niño pequeño: lo cogían, en el mejor de los casos, por un brazo, y con el puño les golpeaban, en la espalda, en la cabeza, donde mejor pudieran. «Perc ellas le aman», me decía yo. Y vi una vez a una

cargando con su hijo, carretera adelante, debajo de un gran sol. Un niño bastante crecido, que se había clavado algo en un pie. Recuerdo aquel pie desnudo, de color castaño, con una oscura gota roja, que iba dejando minúsculas manchas en el suelo. Ella iba despacio, como deleitándose en sus propios pasos, llevaba al niño abrazado a su cuello, oyendo en el calor del mediodía su gemido leve, tal vez exagerado. Lo llevaba con la cabeza apoyada, vencida, sobre su hombro, en el hueco cálido del cuello, junto a la oreja. Iba despacio, tenso el brazo izquierdo por el peso de la bolsa; venía del pueblo, de comprar aceite y pan, y el sol arrancaba un brillo verde a la botella, y el pan tenía algo bárbaro y apacible, dentro de la malla. El polvo empañaba sus tobillos, sus alpargatas, le brillaban de sudor la frente y los brazos, tenía el borde de los labios cubiertos de gotas fosforescentes. Y sin embargo, no había nada vencido en ella. Caminaba distinta, como si resplandeciera, igual que una lámpara. «¿Cuál será su felicidad?», me pre-

gunté. Me lo he preguntado y me lo pregunto, muchas veces. Sólo era un pobre animal confuso sobre la tierra, llevaba los ojos entrecerrados, como en un sueño profundo, la boca entreabierta, toda ella como abandonada; con su cabeza contra aquella otra cabeza del hijo que se hirió en un pie. Lo llevaba despacio, como se lleva una vasija llena. Aquel que luego cargaría de leña, al que gritaría, al que daría de golpes y maldeciría, entre gritos. Cuánto pienso y pensé en aquellas mujeres, con sus gritos, sus hijos, su paciencia, su cólera, su docilidad, su fidelidad. Su fidelidad que iba más allá del amor, del rencor, del sexo. Con sus manos quemadas por el sol y el agua, agrietadas y duras para el golpe y el trabajo. Las manos que de repente se detenían sobre una cabeza dormida, o fatigada. Y se quedaban inesperadamente así: apretadas, calientes, largas. Como si dijese: «Descansa». Eran extrañas, las mujeres.

ANA MARIA MATUTE

Los españoles

LOS españoles pertenecemos al tronco caucásico o blanco, cuyos caracteres distintivos son: cráneo muy desarrollado y convexo; cara ovalada; frente ancha; cejas bien arqueadas; ojos rasgados y horizontales; nariz recta; pómulos y mandíbulas poco salientes; labios y orejas pequeños; dientes verticales; barba poblada y fuerte; cabello largo, sedoso, liso y rizado, y piel transparente y blanca o morena, y brazos cortos; sólo en esta raza hay cabellos rubios y ojos azules. Todos estos caracteres distinguen, tomados en general, a las subrazas o familias y pueblos que se originan del tronco blanco o caucásico y su conjunto indica la superioridad intelectual de estas razas que marchan a la cabeza de la civilización.

Las subrazas o familias de dicho tronco son: la indo-europea o asiática, la semita, la hamita y la éuscara.

El pueblo español (como el portugués, francés, italiano y griego) pertenece a la familia indo-europea y de ella a la rama latina (salvo, se entiende, los vascos que proceden directamente de la familia éuscara); por ello nos decimos hijos de la raza latina. Mas debe tenerse en cuenta que por virtud de las inmigraciones e invasiones de que ha sido objeto nuestro país, nos hemos apropiado mucho los españoles de otras razas. Así, pues, sobre el fondo primitivo y esencial de los antiguos iberos y celtíberos, se distinguen en nosotros, con los propios de la familia latina, rasgos de la germana, de la eslava y aún de la semita, de la que la dominación árabe nos dejó huellas al parecer imborrables. Pero, con las alteraciones debidas a las influencias de esas razas, lo que predomina en los españoles es el carácter propio de la latina.

El pueblo español se ha distinguido siempre por su amor a la independencia y su sentido democrático e individualista, su valor heroico y su grandeza de alma en la adversidad.

A estas prendas características hay que añadir la viveza de ingenio, propia de las razas meridionales y una imaginación exuberante que, saturada de un pronunciado sentimentalismo romántico, ha creado una gran literatura, a lo cual ha contribuido poderosamente la rica, sonora, flexible y majestuosa habla de Cervantes, la lengua castellana que es el idioma oficial de España y que ha prevalecido sobre los demás que, a modo de dialectos, se hablan en nuestra patria. Por virtud de las mismas condiciones hemos sobresalido siempre en las otras Bellas Artes (Arquitectura, Escultura y Pintura) en las que el genio español se ha revelado por modo maravilloso, y, a manera de grandes luminarias, ha dejado sembrada la patria de obras imperecederas y grandiosos monumentos.

Pero si los españoles descolamos en todo lo que exige mucha fantasía, mucho corazón, mucho sentimiento, nos quedamos, en cambio, muy a la zaga de casi todos los pueblos europeos y del norte americano, en cuanto requiere talentos prácticos. Seducidos por lo poético e ideal, huimos de la prosa y la realidad de la vida, que con deplorable frecuencia perdemos de vista. Dominados por la fantasía (la loca de la casa, como con razón se la llama) somos poco reflexivos, muy impresionables, muy soñadores, muy proyectistas y nada prácticos.

Fantasear es el defecto capital de los españoles que sin él formarían el primer pueblo de la familia indo-europea, que a su vez es la primera de la raza blanca, o sea de la que marcha a la cabeza de la civilización del mundo.

PEDRO DE ALCANTARA GARCIA

TRIPTICO HUMANO

por Cosme Paules

El hombre asciende
desde la raíz del fango
o de la llama;
nace y renace,
se analiza y vive;
es valiente y osado
y ni a la muerte teme:
sólo tiene temor
a su conciencia.

TOLSTOI



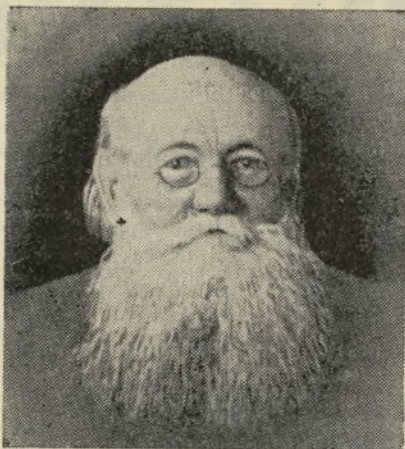
NADA vale la prédica sin el ejemplo puro, le dicta la conciencia y obedece tenaz, insuperable. Y el dogmatismo en pleno, como una roca gélida, se le desprende encima. ¡Cuánto debió sufrir! Desde cerca y de lejos le llegan los zarpazos de las garras felinas que dominan la tierra. Intereses creados, religiones de engaño, las razones de Estado: todos a una se revuelven violentos contra el amor del sabio. ¿Practicar la enseñanza del Comunismo Anárquico? ¡Horror, mil veces seguidas horror! — claman los turiferarios —. Que los campesinos mueran entre el asco y la miseria, bien; pero repartir las tierras de uno, eso es un crimen. Y ninguna autoridad se lo perdona; ni siquiera los que juegan con el arte o la cultura.

Tolstoi, no obstante, continúa impertérrito hasta el fin. La valentía genial que lo conmueve, podría durar mil años o bien una eternidad. Sucumbir es palabra desechada de su peculiar lenguaje. por eso triunfa, porque es más fuerte que todos los poderes artificiales que feroces se le oponen. ¿Dónde están las calaveras que sostenían los centros de todos los poderosos de entonces? Sin embargo, ahí está Tolstoi, más gigante cada día. Es

único y verdadero entre los únicos; fué de ayer, es de hoy y lo será de mañana. Los grandes equívocos no fenecen.

Su obra — todo bondad — sostenida con su ejemplo palpitante, es la cosecha segura de su noble corazón. Con Tolstoi se anuncia clara la aurora de un nuevo día para los desheredados. ¿Para cuándo? — preguntará algún escéptico. Puede ser hoy, podría serlo este siglo o dentro de diez mil años; todo esto es asunto nuestro, y también de los que — ¡cafres! — modernizan las retranscas del progreso. Pero tengamos confianza, porque un Tolstoi, la humanidad no le pare por el gusto de parirlo. Ella tuvo sus razones.

La tragedia de su vida y de su muerte — junto a aquéllos que lo amaron — poco importa, a pesar de importar tanto. ¿Podía esperarse menos, frente a un contraste tan puro en medio de tanto ciego? Una sociedad de odio que ve surgir del pantano una flor todo bondad, la pisotea con saña; y si no puede arrancarla, la maltrata hasta el cansancio. Así fué siempre o casi siempre; porque pocas veces hubo motivos para gloriarnos de una sociedad humana. Y seguimos en lo mismo: hagamos, pues, que germinen las flores de la justicia, la libertad y el amor.



KROPOTKIN

Es ciencia activa — ¡qué bien ha dicho Peirats! — y vació sobre la mesa una torrentada de pruebas: «El apoyo mutuo». Sí, sí, las pruebas de que el comunismo anárquico no es una absurda quimera. Es un hecho realizable, demostrado por la ciencia con conciencia de este príncipe genial: Kropotkin. Su nombre es todo un símbolo.

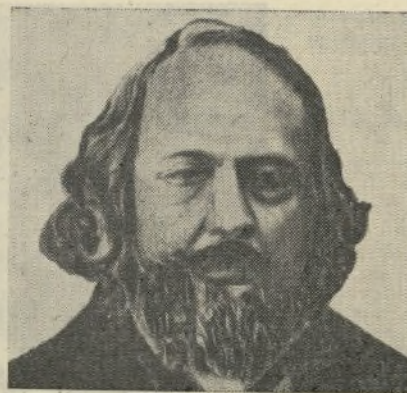
Kropotkin parte de cero y llega hasta el infinito; su recorrido es completo. En la meta que se para todos pueden hacer algo; pero antes, lo que se hace es destruir y no crear cosa útil de manera suficiente para que haya para todos. El lo afirma y verifica: Falta solidaridad, «apoyo mutuo», voluntad de conjunción.

Muchos sabios han querido llevar a cabo una obra que alcanzase hasta ese punto; pero todos han quedado en el camino, salvo raras excepciones que en esencia contuvieron los materiales sintéticos de que se sirve el gran ruso. ¿Hace falta señalar a estos portentos? No, no hace falta para nuestro propósito.

En su vida de rebelde nada tiene tanta fuerza como el claro desmentido que fué para el bolchevismo su proscripción y su muerte en un momento supremo de terremoto social que pretendía ampararse en mejoras proletarias. Con su suplicio final fué el primero en demostrar prácticamente que el partido dictador era un feto monstruoso que sin duda acabaría por hacer del gran combate un mar de sangre en suspenso. Y así fué. Bien sabía Kropotkin que su mayor enseñanza radicaba en su estoicismo. Podría haberse evitado la tortura permaneciendo alejado de la boca del volcán, pero no quiso, a sabiendas de lo que se proponía: desmentir de un solo gesto lo que en el fondo ocultaba, para el mundo proletario el bacilo bolchevique que él había descubierto, pesado y analizado, con su fino microscopio. Pocos supieron entonces comprender su gran gestión, pero él no hi-

zo caso de esto. Todo lo dejó a su tiempo. Y ese tiempo ya ha llegado: fué un pionero de la ciencia constructiva que supo entregarlo todo en aras del ideal.

El zarismo y otros ismos le dieron tan mal remedio como el propio bolchevismo. Pero él nunca se inmutó. Sereno, firme y seguro, sin prisa, pero sin pausa, puso en tensión su cerebro para aclarar el camino de la lucha proletaria. Con Tolstói se complementa; nunca podría encauzarse la corriente del amor en los tiempos que nos llevan, si no tuviese el apoyo de la ciencia verdadera, partiendo desde la meta propuesta por Kropotkin.



BAKUNIN

El impulso consecuente, toda energía y acción, viene a completar el tríptico: el enorme Bakunin. Genio revolucionario, por el lado de la vida, destructor de negativos. «Destruir es crear, sin duda, cuando lo que se destruye es aquello que las bestias, los guerreros, el fanatismo y el odio, crearon para dominar al hombre. No se puede construir sobre el pantano. O en todo caso, muy necesario será cavar hasta lo profundo, hasta el fondo de lo vivo; que cadáveres y fango no son base positiva para una gran creación. Eso dijo Bakunin en síntesis. Eso y mucho, mucho más, naturalmente, pero su fuerte no son, con serlo tanto, sus dichos, sino sus hechos.

Es un gran desconocido todavía a estas alturas y también un calumniado sin reparos. Todo el autoritarismo, el de todas las tendencias, tuvo ocasión de vomitar sobre él sus inmundicias; montañas de sapos y culebras que debió sobrellevar sobre sus anchas espaldas hasta casi desmayarlo, pero no lo consiguieron. Enfermo el titán rugía y hasta en el último extremo sostuvo el presentimiento de no haber nacido en vano. Y era cierto, porque Bakunin, ahora, es la única salida para todo, mientras tanto... Cerramos aquí este tríptico, pues el solo nombre humano de Bakunin humaniza a la vez los tres gigantes.

El verdugo de Málaga y sus descendientes

por Pedro VALLINA

CUANDO medito sobre los episodios revolucionarios pasados, el sacrificio de los mejores en la lucha por el triunfo de la libertad y de la justicia social, entristece profundamente mi espíritu. Aquellos hombres de bien deberían haber tenido otra recompensa en la vida, ya que no hay nada después de la muerte. Sin embargo, sembraron con sus huesos el camino que después recorrieron los otros. Ahora bien, si Dios no premia a los buenos porque no existe, hay un dios verdadero, el Pueblo, que nunca los olvida y que pronto o tarde les hace la justicia debida, castigando al mismo tiempo a sus verdugos. El Pueblo guarda cuidadosamente las esencias del bien, y todos los esfuerzos hechos por los malvados para robárselas o adulterarlas, han sido estériles. Por lo tanto, no hay que desesperar, por negro que aparezca el horizonte, como en el caso de nuestra España. Rindamos culto a la acción y luchemos sin reposo, porque un día el Pueblo rasgará la cortina de sombras y volverá a brillar el sol de la libertad, que hoy sufre un eclipse pasajero.

De los episodios que más impresionaron mi espíritu, allá en mi juventud, es sin duda, el fusilamiento del general Torrijos y los nobles caballeros que lo acompañaban en su expedición libertadora. Más de una vez visité en Madrid el Museo de Arte Moderno para contemplar el famoso cuadro de Antonio Gilbert, una de las mejores pinturas de la escuela española moderna. El soneto de Espronceda «A la muerte de Torrijos y sus compañeros», que comienza así: «Vedlos ahí junto a la mar bravia, — cadáveres no más...» llegué a recitarlo de memoria. La esposa de Torrijos, la condesa María Luisa Sáenz de Vinuesa, escribió la historia de la expedición y muerte de Torrijos en una obra que lleva por título «La vida del General Torrijos».

Torrijos, como es sabido, cayó en una celada que le tendió el general González Moreno, gobernador militar en Málaga, que mientras pretendía conspirar con la Junta Revolucionaria de Londres, trasladada a Gibraltar, se entendía para la traición y el crimen con el repugnante Fernando VII, el rey-hiena, como le llamó Víctor Hugo. El 11 de diciembre de 1831 fueron sacrificados aquellos héroes, atraídos por una combinación policiaca, digase engaño. Los liberales conocieron desde entonces al general reaccionario por el mote del Verdugo de Málaga, que le ha quedado en la historia de España.

El general González Moreno, hombre sin escrúpulos, traicionó más tarde a la reina María Cris-

tina, pasándose a las filas del carlismo. Por cierto que su influencia en la Corte de don Carlos fué de lo más nefasto, poniendo su sello repulsivo. Más tarde, cuando el abrazo de Vergara, temiendo por su vida y el fruto de sus rapiñas, se unió a un grupo de carlistas recalcitrantes y se dispuso a internarse en Francia. Pronto se dieron cuenta los fugitivos de la presencia del reptil y le dieron muerte degollándole como a un cerdo, después de tenderlo sobre una peña, allá en tierras de Navarra.

¿Cómo iba a figurarse Torrijos en el instante supremo de su muerte, cuando invocaba en su mente una justicia que parecía ausente, que los hombres del Pueblo, los campesinos extremeños, habían de vengarlo, muchos años después hasta en la cuarta generación?

..

Uno de los descendientes del Verdugo de Málaga, militar también, llegó a la Siberia Extremeña con motivo de una de las asonadas carlistas de la época. Por lo visto, allí contrajo matrimonio y fijó su residencia. Tuvo un hijo, Gustavo, que suprimió de su apellido el González, y se quedó con el Moreno. Quería borrar las huellas de una ascendencia infame. Gustavo Moreno casó con una hacendada rica y tuvo numerosa prole. Fué cacique político, alternando con otro tunante, así aumentó sus bienes. Conoció a su señora, ya viuda, y era una mujer todavía arrogante y altanera, a pesar de su ancianidad. La asistió algún tiempo con motivo de la fractura del cuello de un fémur. Los hijos de este matrimonio se repartieron por la comarca, y como habían heredado el espíritu perverso del abuelo, hicieron fortuna y ocuparon una posición privilegiada. Por algún tiempo los tuve como clientes y siempre me enaltecieron como médico. Después se agriaron las cosas y rompimos las relaciones, a causa de una traición que me hicieron. A pesar de sus esfuerzos para ocultar su origen, el Pueblo no ignoraba su procedencia. Por cierto que en una época se cantaban allí unas coplas que empezaban así:

Hubo en Málaga un Verdugo
que a Torrijos fusiló;
hay en Siruela un cacique
que a Don Pedro desterró...

Arturo Moreno era el prototipo de aquella familia de miserables. Alto, moreno, enjuto de carnes, con bigote negro y lacio, los ojos pardos inquietos, el alma de Judas. Casó con una hacendada extre-

meña, que poseía muchas tierras, unas robadas y otras adquiridas a bajo precio cuando la desamortización. Era charlatán e intrigante en extremo. Se hizo político pueblerino por exigencias de su espíritu turbio. En la época de la dictadura de Primo de Rivera era el cacique máximo de la comarca. Entonces se le ocurrió organizar a los campesinos, para servirse de aquel rebaño como un partido a sus órdenes. Así se constituyó la «Sociedad de Campesinos Católicos», con la virgen de Alta-gracia como patrona y el cura de la localidad como consejero. Pero le salió el tiro por la culata, como vulgarmente se dice. Porque allí estaba yo y conmigo el ideal anarquista, cuyo soplo había refrescado la frente de aquellos parias. Así que cuando el viejo presidente de la sociedad de campesinos le dijo de sopetón lo que pensaban los asociados, el tunante cacique se desplomó en su sillón.

— «Si, usted nos ha organizado, le dijo, para que como otras veces sirvamos los intereses de los ricos; está en un gran error. Esta vez vamos a trabajar por nuestra cuenta y en contra de ustedes hasta abolir sus privilegios y alcanzar nuestra emancipación total».

Pronto comprendieron de donde partía la piedra y se dispusieron a anular mi influencia haciéndome desaparecer, y al mismo tiempo intimidar a los campesinos con las persecuciones y las cárceles.

Y aquí viene la obra maestra de Arturo Moreno, cualidad que había heredado de su bisabuelo, el Verdugo de Málaga. No perdió tiempo y se dirigió a Madrid a visitar a Federico Carlos Bas, diputado, acompañado por el alcalde de Siruela, un verdadero alcornoque, y dos campesinos sinvergüenzas, que traicionaron a sus compañeros, ofreciéndose a los manejos del cacique. Esta comisión pidió encarecidamente al diputado que los librara de mi presencia y se me trasladase a un lugar lo más lejano posible. Federico Carlos Bas se negó resueltamente a lo que se le pedía, pero cedió pronto ante el razonamiento que le hizo el ladino Arturo Moreno, engañándole como a un niño.

— «Yo soy el diputado provincial, este señor el alcalde de Siruela, y estos dos campesinos representan a su sociedad. El pueblo en masa no tolera un día más la presencia de un revolucionario tan peligroso, y está dispuesto a matarlo si no se lo llevan pronto».

— «Si es así, respondió el diputado, para salvarle la vida haré las gestiones necesarias, cerca de mi amigo el general Mola, director de Seguridad, y no dudo de que vuestros deseos serán cumplidos para que renazca la tranquilidad en aquel vecindario».

Aquellos hombres se equivocaron por completo, porque no contaban con la presencia de un pueblo valiente.

LA ELOCUENCIA

Hay quienes tienen un sólido talento que se expresa por medio de una cualidad que puede ser también la más deslumbrante y peligrosa: la elocuencia.

Todo gran predicador, todo abogado y político, que disfruten de renombre, además de ser consumados actores, suelen poseer un gran dominio en el lenguaje oratorio. Saben que las palabras pueden ejercer un efecto casi mágico sobre el auditorio.

La esencial irracionalidad de este poder probablemente lo torna más maligno que benigno, incluso en los oradores mejor intencionados.

Cuando un orador, por la mera magia de las palabras y de una voz bien timbrada, persuade a su auditorio de la justicia de una mala causa, nos sentimos honestamente desagradados.

Deberíamos experimentar el mismo desagrado cada vez que las mismas triquiñuelas son puestas en práctica para persuadir a la gente de la justicia de una buena causa.

La creencia que así se provoca puede ser loable, pero el terreno en el cual ésta germina es intrínsecamente malo, y los que apelan a las tretas de la oratoria para inspirar incluso justas opiniones son culpables de adular a los elementos menos estimables de la naturaleza humana.

Al ejercer sus desastrosas dotes de charlatanes, agudizan el trance casi hipnótico en el que la mayoría de los seres viven y del que toda verdadera filosofía genuinamente humanista intenta liberarlos.

No hay oratoria eficaz sin una extrema simplificación. Y es imposible llegar sin desvirtuar los hechos.

Hasta cuando hace todo lo que puede para decir la verdad, el orador, el orador elocuente es un mentiroso.

La mayoría de los oradores elocuentes no siempre tratan de decir la verdad, sino de despertar la simpatía en sus amigos y antipatía en sus adversarios. En suma, la elocuencia, como todas las artes sugestivas, se dirige más a la emoción sentimental que al razonamiento crítico, que no pierde la sonrisa incrédula.

Aldous HUXLEY en «Los demonios de Loudun».
(Pág. 31)

(Transcrito por C. Iscar).

Voces en España

Español haciendo historia, francés para escribirla

ALI BEY

S IEMPRE que he especulado sobre el carácter catalán, los criterios puestos en danza en torno al tema se han centrado en dos prototipos, casi ya tópicos: el «senyor» Esteve y Ali Bey. Sospecho a veces que mis amigos catalanes, cuando hablo de estos dos extremos, se rien bajo cuerda, sin delatarlo en su compostura facial, salvo quizá un chisporroteo de luz amable en los ojos. Con todo, navegar entre dos extremos siempre faculta para quedarse en los medios. Y por eso me gustan estos dos tipos catalanes: el «señor» Esteve y Domingo Badía. El que uno sea creación literaria y el otro de carne y hueso, no importa. Sin meternos en honduras críticas, es obvio que Rusiñol actuaba dentro del mayor pleno realismo cuando escribía y del más vago idealismo cuando pintaba.

El mercero, representando el san chopancismo, y el geógrafo, la quijotada, abren al observador un amplio margen. Pero no es cosa de contraponerles, entre otras razones porque sería muy fácil. Queríamos, en este momento perdido, hablar del barcelonés Domingo Badía Leblich, del cual escribió el válido Godoy las siguientes palabras: «Badía era el hombre para el caso. Valiente, arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía y verdadero original donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos, hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu le hacían apto para aquel designio».

Se refería Godoy a un viejo proyecto de enviar un aventurero estudioso por la costa africana, inquirendo los medios de fomentar el comercio y organizar un tráfico directo de mercancías y dinero, con independencia de Francia e Inglaterra. Supongamos, también, que unos cuantos planos y estudios militares no estorbarían nada al favorito y primer ministro. Corrían los primeros años del siglo XIX. Domingo Badía, nacido el 1 de abril de 1766, en Barcelona, tenía menos de cuarenta años.

Pero es que Domingo Badía se había destacado mucho antes. Como cita Díaz Plaja en su «Silueta de Ali Bey el Abbassi», Badía a los catorce años era «administrador de utensilios» con Carlos III, en la costa de Granada; a los diecinueve «contador de guerra con honores de comisario», y a los veintiséis, administrador de Tabacos en Córdoba.

Se supone que tan prolongada estancia en Andalucía le hizo tomar a Badía afición a lo morisco. El caso es que en 1797 está en Madrid estudiando árabe y temas orientales y africanos. Africa, en-

tonces, hasta que Napoleón descubrió las pirámides, era un inquieto y vago continente, en plena Edad Media, nido de piratas, imperio de la Sublime Puerta. Africa, a las puertas de Europa, era casi desconocida. Y a las grandes potencias les entró de repente una prisa tremenda por conocer las interioridades de aquel gran muerto que se mantenía en pie, esperando el empujón. Sólo que las guerras napoleónicas aplazaron treinta años la aventura.

Domingo Badía propone un viaje de estudios. Le es aceptado. Le acompañará su profesor de árabe, Simón de Rojas. Badía, en Londres, se hace circuncidar. Ya es, en espíritu y forma, un precursor de Lawrence de Arabia. Adopta la personalidad del príncipe Abbassi Ben Otoman, descendiente por línea recta del Profeta. Domingo Badía ya es Ali Bey. Corre el año 1802. Su primer periplo nace y muere en las ciudades marroquíes, sin esconderse, recitando suras del Libro en las coranías, practicando las abluciones en las mezquitas, enseñando ciencias y, de paso, levantando croquis y planos militares. Es un árabe en toda la extensión política de la palabra. Solimán le regala un palacio, tierras y un harén. Ali Bey, para los musulmanes o muslines añorantes de Granada y Córdoba puede ser el que devuelva a los antiguos poseedores las bellezas de Al-Andalus. Está a punto de abrir las puertas del Mogreb a los españoles, adelantándose cincuenta años a la expansión africana de Europa. El rebelde Hescham ofrece el reino de Fez, Tánger, Larache y Tetuán a cambio de la ayuda española que consolide su rebelión en el Atlas.

Fracasa el golpe porque al rey Carlos le da por ser caballeroso y no quiere conspirar contra Muley Solimán, su buen amigo. Pese a la insistencia de Godoy, el monarca incide por los caminos de la rectitud. Se pierde la gran ocasión. Ali Bey, desconcertado, viaja, siempre en príncipe árabe. Como Ulises, recorre el Mediterráneo, visitando Grecia; misión en Alejandría y gran viaje, fabuloso viaje, a la ciudad santa: La Meca. Este santuario máximo del mundo islámico está vedado a los occidentales. Ali Bey peregrina, levanta planos, narra y continúa viajando por Siria, Palestina, Turquía, donde un criado le descubre. Año 1807, dos años después de Trafalgar, cuando ya Napoleón prepara sus planes imperiales. Cinco años de aventuras, los suficientes para pasar a la Historia.

Y cuando con el fruto de tanto riesgo y audacia se acerca al monarca, el mismo que tenía dengues

para la aventura africana, éste le dice, después de una ojeada formularia al botín, que España ha pasado al dominio de Francia y que vaya a ver al Emperador, para quedar a las órdenes de su Majestad Imperial y Real. Badia (ya es otra vez el catalán Domingo Badia) consciente del valor que tiene en las manos, acude al Emperador, que le escucha, le atiende y le recomienda al rey José. Y por donde ahí que el españolísimo y catalán Domingo Badia se convierte en un afrancesado, en un colaboracionista, que debe huir cuando la península se libera.

Quiere rehabilitarse, ruega a Fernando VII, que se le niega. Y Domingo Badia, un gran hombre, muere en el exilio. Mejor dicho, muere en Damasco—unos dicen que envenenado, otros que a causa de la disenteria—, al servicio de Francia, a los cin-

cuenta y cuatro años. En Francia, pues, publicó su famoso libro «Viajes», tres tomos de narración y un cuarto de mapas, que tardó veinte años en traducirse al español. Como siempre, español haciendo historia, francés para escribirla.

Este fué, a grandes rasgos, Domingo Badia, barcelonés, sabio viajero, filántropo aventurero, gran tipo humano hasta en sus equivocaciones, vinculado, para su desgracia, a una época de decadencia. ¿Puede considerarse prototipo de uno de los aspectos fundamentales del hombre catalán? Yo creo que sí. Entre Francia y Africa del Norte han fluctuado y fluctúan muchos catalanes. ¿Que es un tópico...? ¡Ojalá tuviéramos muchos tópicos como Domingo Badia, por cinco años llamado Ali Bey el Abbassi...!

T. SALVADOR



Hace cerca de un siglo se decía...

Contra las dictaduras



Nosotros estamos ya en los tiempos fabulosos en que el padre devoraba a sus propios hijos, ni en aquel tiempo judaico en que Herodes o Legión mataba toda una generación de débiles inocentes, cosa que, a pesar de todo, no impidió que Jesús escapara de la matanza y que Júpiter no fuese devorado. Vivimos en una época que no mata ya a los niños a cuchilladas y en que nos parece muy natural que los jóvenes entierren a los viejos. Enterremos, pues, todo lo trasnochado. Hércules ha muerto; ¿por qué empeñarnos en resucitarlo? Todo lo más que podríamos hacer es galvanizarlo. El palo es menos fuerte que la idea.

SALUD a la idea presente y futura — La autoridad ha reinado tanto tiempo sobre los hombres, ha tomado tanta posesión de la humanidad, que en todas partes ha dejado una guarnición en su espíritu. Aún hoy es difícil, fuera de en teoría, desterrarla por completo. Cada uno de los civilizados es para ella una fortaleza que bajo la guardia de los prejuicios, se yergue como un enemigo frente al paso de la libertad, invasora amazona que se lo disputa. Así tenemos los individuos que, creyéndose revolucionarios y jurando a todo trazo por la libertad, proclaman nada menos que la necesidad de la dictadura, como si la dictadura no excluyese la libertad y la libertad la dictadura. ¡Cuántos niños grandes, a decir verdad, entre los revolucionarios! Y niños grandes que tienen apego a su manía; niños grandes que quieren la República democrática y social, sin duda, pero con un emperador o un dictador, lo que es todo uno, para gobernarla; gentes montadas de cara a la grupa, y que con la vista fija sobre la perspectiva del progreso, se alejan de él tanto más cuando más caminan para acercarse, galopando de espaldas a la cabeza de la bestia que montan. Estos revolucionarios, políticasts de poco pelaje, han conservado, con la señal del collar de esclavos, la mancha moral de la servidumbre, el torticolis del despotismo. Desgraciadamente ¡ay! son muy numerosos entre nosotros. Se llaman republicanos, demócratas y socialistas y no tienen más inclinación y otros amores que los de una autoridad de puños de acero, de cerebro de hierro, de corazón de hierro; más monárquicos que los monárquicos que, en realidad, a su lado podrían pasar por an... arquistas.

La dictadura, sea una hidra de cien cabezas o de cien colas, sea autocrática o demagógica, nada puede hacer en beneficio de la libertad; no puede hacer más que perpetuar la esclavitud, tanto moral como físicamente. No es regimentando un pueblo de ilotas bajo un yugo de

hierro, puesto que de hierro se trata, aprisionándolo en una uniformidad de voluntades proconsulares, como pueden formarse hombres inteligentes y libres. La libertad no es una cosa que pueda otorgarse. No pertenece a la fantasía de un personaje o de un comité de salvación pública el poder decretarla y repartirla. La dictadura puede cortar cabezas de hombres, pero no podrá hacerlas crecer ni multiplicar; puede transformar las inteligencias en cadáveres; puede hacer arrastrarse y hormiguesear debajo de sus botas y ante su látigo a los esclavos como si fuesen gusanos u orugas; las aplanará con su pesado paso, pero únicamente la libertad podría darles alas. Únicamente por el trabajo libre, el trabajo intelectual y moral, nuestra generación, civilización o crisálida, podrá metamorfosearse en viva y brillante mariposa, revestir el tipo humano y florecer ampliamente en armonía.

YA sé que hay mucha gente que habla de la libertad sin comprenderla, sin tener de ella ni la ciencia ni el sentimiento. En la demolición de la autoridad reinante no ven más que una sustitución de nombre o de personas; no se imaginan que una sociedad pueda funcionar sin amos ni criados, sin jefes ni soldados. En esto se parecen a aquellos reaccionarios que dicen: «siempre ha habido ricos y pobres y los habrá siempre. ¿Qué sería el pobre sin el rico? Se moriría de hambre.» Los demagogos no dicen precisamente esto, pero dicen: «Siempre hubo gobernantes y gobernados y los habrá siempre. ¿Qué sería del pueblo sin gobierno? Viviría en la esclavitud.» Todos estos anticuarios, los rojos y los blancos, son un poco compadres y compañeros: la anarquía, el liberalismo, trastorna su miserable entendimiento, entendimiento lleno de prejuicios ignaros, de tontas vanidades, de cretinismo: Plagiarios del pasado, los revolucionarios retrospectivos y retroactivos, los **dictaturistas**, los enchufados a la fuerza brutal, todos estos autoritarios de mil colores que reclaman un poder salvador, croarán toda la vida sin encontrar lo que desean. Parecidos a las ranas que pedían un rey, se les ve y se les verá siempre cambiar el oro por la calderilla, el gobierno de julio por el gobierno de febrero, los **masacradores** de Rohan por los asesinos de junio, Cavaignac por Bonaparte, y mañana, tal vez, Bonaparte por Blanqui... si un día gritan: ¡abajo la guardia municipal! es para gritar pocos instantes después: ¡viva la guardia móvil! O bien truecan la guardia móvil por la guardia imperial, como trocarían la guardia imperial por los **batallones revolucionarios**. Súbditos eran, súbditos son, súbditos serán. No saben lo que quieren ni lo que hacen. Hoy se quejan de que no tienen el hombre de sus amores y

mañana se quejarán de que lo tienen en demasía. En fin, a cada instante y por cualquier motivo invocan la autoridad de pico de cuervo y luego se extrañan de que les picotee y les mate y devore.

Todo individuo que se llame revolucionario y hable de dictadura es un iluso o un granuja, un imbécil o un traidor; imbécil o iluso si la preconiza como auxiliar de la Revolución social, como un modo de transición entre el pasado y el futuro, puesto que esto siempre equivale a conjugar la autoridad en indicativo presente; granuja y traidor si no la considera más que como un medio de situarse en el presupuesto y jugar a gobernantes en todos los modos y en todos los tiempos.

MUCHOS enanos hay, ciertamente, que no desean sino que se les conceda un título oficial, buenos emolumentos, una representación cualquiera que les saque del pantano donde chapotea el común de los mortales y poder darse de este modo aires de gigante. ¿Serán los hombres bastante necios para darles un pedestal a estos pigmeos? ¿Oiremos siempre el estribillo: «nos hablais de suprimir los elegidos del sufragio universal, de que tiremos por la ventana la representación nacional y democrática, pero ¿a quién pondremos en su lugar? Porque en última instancia alguno tiene que mandar... un comité de salvación pública, siquiera... No queréis un emperador, un tirano, lo comprendemos, ¿pero quién le sustituye? ¿Un dictador? Porque no todo el mundo sabe gobernarse y alguno tiene que sacrificarse para gobernar a los demás...» Señores y ciudadanos, replico yo, ¿por qué suprimirnos el gobierno si tenemos que sustituirle? Lo necesario es destruir el mal y no cambiarlo de sitio. ¿Qué me importa que lleve tal o cual nombre, que esté aquí o allí, si bajo esta máscara y con este aspecto se atraviesa y se atravesará siempre en mi camino? Se suprime a un enemigo, pero no se le da un sucesor. La dictadura, la magistratura soberana, es reconocer que la autoridad, que es el mal, puede hacer el bien, y esto equivale a declararse monárquico, sancionar el despotismo y apostatar la Revolución. Si preguntamos a estos partidarios absolutos de la fuerza bruta, a estos ensalzadores de la autoridad demagógica y obligatoria, cómo la ejercerán, de qué modo van a organizar este poder fuerte, los unos os responden, como el difunto Marat, que quieren un dictador con grillos en los pies y condenado por el pueblo a trabajar para el pueblo.

DISTINGAMOS ante todo: o este dictador obrará por voluntad del pueblo y entonces no será realmente un dictador, sino la quinta rueda de una carreta, o bien será realmente un dictador, tendrá en sus manos riendas y látigo, y entonces obrará como se le antoje, es decir, en provecho exclusivo de su divina persona. Obrar en nombre del pueblo, es obrar en nombre de todo el mundo. ¿no es esto? Y todo el mundo no es científicamente, armónicamente, inteligentemente revolucionario. Pero admito, conformándome al pensamiento de los blanquistas, por ejemplo, que hay pueblo y pueblo, el pueblo de los hermanos iniciados, los discípulos del gran arquitecto, y el pueblo turba de los profanos. Estos afiliados, estos cons-

piradores escogidos, ¿andarán siempre de acuerdo? ¿Lo estarán siempre en todas las cuestiones y en todos sus partidos? Que salga un decreto sobre la propiedad o sobre la familia o sobre cualquier otra cosa, y los unos lo encontrarán demasiado radical y los otros que no lo es bastante. Ya veremos, pues, mil puñales levantados contra el forzado dictador. Ni dos minutos podría vivir el que aceptara este papel. No lo aceptará en serio; tendrá su camarilla, todos los hombres que se apretujarán a su lado y le formarán un batallón sagrado de lacayos para mendigarle los restos de su autoridad, las migajas del poder. Y entonces podrá ordenar muy bien en nombre del pueblo, no lo niego, pero seguramente contra el pueblo. Fusilará y hará deportar a todos los que tengan veleidades libertarias. Como Carlomagno, o no sé qué otro rey, que media a los hombres por la altura de su espada, hará decapitar todas las inteligencias que sobresalgan de su nivel, prohibirá todos los progresos que no se le alcancen a su magín. Hará como todos los hombres de «salvación pública», como los políticos del 93, émulos de los jesuitas de la Inquisición, propagará la bestialización general, aniquilará la iniciativa particular, extenderá las tinieblas sobre la aurora, sobre la idea social, nos hundirá, muertos o vivos, en el estercolero de la civilización, hará del pueblo, en lugar de una autonomía intelectual y moral, una automatía de carne y huesos, un cuerpo de brutos, pues para un dictador político, como para un director jesuita, lo que hay mejor en el hombre es el cadáver...

Otros hay que en sus sueños de dictadura difieren poco de los primeros en el sentido de que no quieren la dictadura de uno solo, de un Sansón de una sola cabeza, sino de mil cabezas, la dictadura de esas **pequeñas maravillas** del proletariado reputadas inteligentes porque en prosa o en verso declamaron unas cuantas trivialidades o inscribieron su firma en alguna pequeña capillita político-revolucionaria; la dictadura, en fin, de las cabezas y de los brazos peludos que compita con la de los calvos y con la misión, claro está, de exterminar a los aristócratas y a los que no piensen como ellos. Como los otros creen que el mal no está tanto en las instituciones liberticidas como en la elección de los hombres tiránicos. Igualitarios de nombre, están, en principio, por las castas. Y poniendo a los obreros en el poder en lugar de los burgueses, no dudan que todo marchará divinamente en el mejor de los mundos posibles.

LOS obreros en el poder! Es necesario no tener memoria. ¿No tuvimos a Albert en el gobierno provisional? ¿Es posible ver otro hombre tan cretino como él? En la Asamblea constituyente o legislativa tuvimos los representantes lyoneses, y si fuésemos a juzgar a los representados por los representantes sería una triste muestra de la inteligencia de los obreros de Lyon lo que nos trajeron. París nos gratificó con Nadaud, naturaleza espesa, inteligencia de mortero, que soñaba transformar su llana de albañil en cetro presidencial. Y después, Corbon, el reverendo de **Atelier**, acaso el menos jesuita, pues éste siquiera no tardó en tirar la máscara y situarse entre los reaccio-

SEMEJANTES a los cortesanos que en las gradas del trono son más realistas que el rey, en las gradas de la autoridad oficial y legal los obreros son más burgueses que los burgueses. Y se comprende: el esclavo emancipado y convertido en amo exagera siempre los vicios del plan-tador que le educó. Está tanto más dispuesto a abu-sar del mando cuando más inclinado o forzado es-tuvo a la sumisión y a las bajezas con los que le mandaban. Un comité dictatorial compuesto de obreros es ciertamente lo que podría hallarse más hinchado de vanidad, insuficiencia y nulidad y, por consiguiente, más antirrevolucionario. Si se quiere tomar en serio las palabras **salvación pú-blica**, lo primero que debe hacerse, siempre, es apartar a los obreros de toda autoridad gubernamental, y luego, siempre, desterrar lo más posible de la sociedad la autoridad gubernamental. (Vale más en el poder enemigos sospechosos que amigos dudosos.)

LA autoridad oficial o legal, sea cual fuere el nombre con que se la decore, es siempre en-gañosa y malhechora. No hay verdad ni be-neficiencia más que en la autoridad natural o anárquica. ¿Quién fué autoridad de hecho y de derecho en 1848? ¿Fué el gobierno provisional, la comisión ejecutiva, Cavaignac o Bonaparte? De ningún modo. Pues si bien tuvieron en sus manos la fuerza bruta, no fueron más que instrumentos, los rodajes de la reacción; no fueron motores, sino máquinas. Todas las autoridades gubernamenta-les, hasta las más autocráticas, no son más que esto, máquinas. Funcionan por la voluntad de una facción y al servicio de esta facción, salvo los acci-dentes de las intrigas y las explosiones de ambi-ción comprimida. La verdadera autoridad en 1848, la autoridad de salvación universal, no estuvo, pues, en el gobierno, sino, como siempre, fuera del gobierno, en la iniciativa individual: Proudhon fué su más eminente representante (en el pueblo y no en la Cámara, claro está). En él se personificó la agitación revolucionaria de las masas. Y para esta representación no hubo necesidad de títulos ni de mandatos legalizados. Su único título, le venía de su trabajo; era su ciencia, su genio. Su mandato no lo tenía de los demás, de los sufragios arbitrarios de la fuerza bruta, sino de sí solo, de la concien-cia y de la espontaneidad de su fuerza intelectual. Autoridad natural y anárquica que ejerció toda la parte de influencia a que podía pretender. Una autoridad que no necesita pretorianos, porque es la dictadura de la inteligencia; autoridad que cal-dea y vivifica. Su misión no consiste en agarrotar ni recortar a los hombres, sino en elevarlos más alto que su propia cabeza, desarrollarlos con toda la fuerza de expansión de su naturaleza mental. Autoridad que no produce, como la otra, esclavos en nombre de la libertad pública, sino que destru-ye la esclavitud en nombre de la autoridad pri-vada. No se impone a la plebe arrellenándose en los sillones de un palacio, acorazándose con mallas de acero, cabalgando entre arqueros, como los ba-rones feudales, sino que se afirma en el pueblo, como se afirman los astros en el firmamento, ra-diando sobre sus satélites.

¿QUE mayor poder habría podido tener Proudhon siendo gobernante? No solamente no lo habría tenido mayor, sino que lo habría tenido menor, hasta suponiendo que hubiese po-dido conservar en el poder sus pasiones revolucio-narias. Viniéndole su poderío del cerebro, todo lo que habría dificultado el trabajo de su cerebro habría sido un atentado a su poderío. Si hubiese sido un dictador con espuelas, armado de pies a cabeza, habría perdido politiqueando con los que le habrían rodeado todo el tiempo que empleó socializando las masas. En lugar de revolución ha-bría hecho reacción. Ved lo ocurrido con Luis Blanc, morador del Luxemburgo, el mejor inten-cionado tal vez de todo el gobierno provisional, y, no obstante, el más pérfido, el que sacó las casta-ñas del fuego para la reacción, el que entregó a los obreros sermoneados a los burgueses armados, el que hizo lo que todos los predicadores autorita-rios, el que predicó la caridad cristiana a los pobres a fin de salvar a los ricos.

LOS títulos, los mandatos gubernamentales, no son buenos más que para las nulidades que, demasiado cobardes para ser algo por sí mis-mos, quieren parecer algo. No tienen más razón de ser que la razón de que son unos abortos. El hom-bre fuerte, el hombre de inteligencia, el hombre que lo es todo por el trabajo y nada por la intriga, el hombre que es hijo de sus obras y no el hijo de su padre, nada tiene que ver con estas atribucio-nes carnavalescas; las desprecia y las odia como un disfraz que mancharía su dignidad, como algo obsceno e infamante. El hombre débil, el hombre ignorante, pero que tiene el sentimiento de la hu-manidad, debe temer a estas nulidades; hasta un poco de buen sentido para adivinarlas. Pues si toda arlequinada es ridícula, también es odiosa.

TODO gobierno dictatorial, entendido en singu-lar como en plural, todo poder demagógico no hará más que retardar el advenimiento de la revolución social sustituyendo por su inicia-tiva, sea la que fuere, por su razón omnipotente, por su voluntad cívica y forzada a la iniciativa anárquica, a la voluntad razonada, a la autono-mía individual. La revolución social no puede ha-cerse sino por el órgano de todos individualmente; de otro modo no será la revolución social. Lo que es necesario hacer, pues, hacía lo que debe ten-derse, es a colocar a todo el mundo y a cada uno en la posibilidad, es decir, en la necesidad de obrar, a fin de que el movimiento, al comunicarse de unos a otros, dé y reciba el impulso del progreso y decuple y centuple de este modo su fuerza.

LO que se necesita, pues, en fin, es tantos dic-tadores como seres pensantes haya, hombres o mujeres, en la sociedad, a fin de agitarla, de sublevarla, de sacarla de su inercia, y no un Loyola con gorro frigio, un general político para disciplinar, es decir, inmovilizar unos y otros y pe-sar sobre su pecho, sobre su corazón, como una pesadilla, a fin de ahogar sus latidos; y sobre su frente, sobre su cerebro, como una instrucción obli-gatoria o catecismal, a fin de torturar el pensa-miento.

LA autoridad gubernamental, la dictadura, se llame imperio o república, trono o sillón, salvador del orden o comité de salvación pública; que hoy exista con el nombre de Bonaparte o mañana con el de Blanqui; que salga de Ham o de Belle-Île, que lleve en sus insignias un águila o un león disecado... la dictadura será siempre la violación de la libertad por la virilidad corrompida, por los sifilíticos del pensamiento; es el mal cesáreo inoculado con semillas de reproducción en los órganos intelectuales es de la generación popular. No es un ósculo de emancipación, una natural y fecunda manifestación de la pubertad; es la formación de la virginidad con la decrepitud, un atentado al pudor, un crimen de abuso de tutor con su pupila... es un homicidio.

NO hay más que una dictadura revolucionaria que sea humanitaria; es la dictadura intelectual y moral. ¿Acaso todo el mundo no es libre de participar en ella? Basta quererlo para poderlo. Para hacerse reconocer, esta dictadura no tiene necesidad de batallones de lectores ni de trofeos de bayonetas; no marcha escoltada sino por sus pensamientos libres, no tiene más cetro que la luz que irradia. No hace la ley, la descubre; no es autoridad, hace autoridad. Existe no más que por la voluntad del trabajo y el derecho de la ciencia. Quien la niegue hoy, la afirmará ma-

ñana. Porque ella no manda la maniobra abotonándose en su inercia, como un coronel de regimiento, sino que ordena el movimiento predicando con el ejemplo, demuestra el progreso por el progreso.

— ¡Todo el mundo al mismo paso!, dice la autoridad, y es la dictadura de la fuerza bruta, la dictadura animal.

— ¡El que me ame que me siga! dice la otra, y es la dictadura de la fuerza intelectualizada, la dictadura nominal.

La primera tiene por apoyo todos los hombres pastores, todos los hombres rebaños, todo lo que manda u obedece, todo lo que está domiciliado en la civilización.

La segunda tiene a su lado las individualidades hechos hombres, las inteligencias **descivilizadas**.

La una es la última representación del paganismo, la sesión de clausura definitiva, sus adioses al público.

La otra es el principio de una nueva era, su entrada en escena, el triunfo del socialismo.

Una es tan vieja que toca la tumba; la otra es tan joven que toca la cuna.

— ¡Vieja autoridad! es ley que mueras.

— ¡Libertad naciente! es ley de la naturaleza que crezcas.

J. DEJACQUES

Buzón de la Revista

C. LIZCANO. — Recibida tu carta y los libros. De las noticias que das estábamos en antecedentes. Las cosas son así, pero... no hay que perder los estribos. Ya sabes que la educación social puede hacer hasta « milagros ». Con ésta y con perseverancia, no hay mulo que resista.

¿Que falta formación? Pues... educación, educación, educación, y verás cómo todos seremos mejores.

Otra cosa: Sigue «pulseando».

J. M. PUYOL. — Escabroso o no, ¡adelante!

C. M. RAMA. — Dispensa nuestro silencio. Sigue carta. Tienes razón, sobre Cuba hay que informar y decir toda la verdad.

E. RELGIS. — Recibidos los libros dedicados. Agradecidos. Ni que decir que los tendremos en cuenta.

Entre los motivos de persecución antisemita, además de los expuestos destaca el de la responsabilidad judaica en la invasión musulmana de nuestra península. Algunos autores modernos dan un cierto crédito a la leyenda, y afirman que hubo complot judío para traer a España a los árabes, ya conquistadores del Norte de África. El complot sería un compromiso entre judíos y musulmanes por el que los primeros entregarían a los segundos las llaves del Estrecho a condición de que les permitieran practicar libremente sus creencias. El mismo Salvador de Madariaga da como probado que los judíos abrieron a los árabes las puertas de las fortalezas españolas prestándose encima a guarnecer, en función de policía de retaguardia, el territorio conquistado, lo que nos parecen demasiadas llaves en poder de los cancéberos hebraicos. El único indicio serio es que el rey godo Egica, como habrase visto, dictó duras leyes contra los judíos bajo supuesto de que mantenían relaciones conspirativas con sus compatriotas de más allá del Estrecho. ¿Qué cosa más natural siendo aquéllos expulsados, o descendientes de los expulsados por Sisebut, parientes próximos de los que quedaron en España? A este respecto Reparaz afirma:

«Eran los judíos numerosos a uno y otro lado del Estrecho. Comercian entre sí. Entendiéndose en lo mercantil también habían de comunicarse las calamidades que la persecución de los de España traían aparejadas, y los recelos de un porvenir aún más doloroso. Acusáronles más tarde los fabricantes de leyendas de haber abierto las puertas de España, en venganza a los mahometanos. Lafuente recoge la imputación. La verdad es que no fueron ellos sino los nobles godos, para quienes la falsa historia de España reservaba las mayores alabanzas, los que tales puertas franquearon» (Reparaz: obra citada).

El mismo Reparaz sostiene el punto de vista de que los godos del bando de Witiza, muerto éste, solicitaron la ayuda árabe para evitar la subida al trono de Don Rodrigo (último rey godo, batido en Guadalete), candidato triunfante de

JOSÉ PEIRATS

La Sión hispanica

(Ensayo sobre el judaismo español)

"CENIT"

Toulouse 1961

mentar el continuo fluir de los impuestos, éstos eran recaudados y reunidos primero en las arcas de los kahalés. La comunidad respondía de todos los contribuyentes morosos, de todos los impuestos adeudados y de todo gravamen decretado. Por eso los rabinos hacían del pago de los impuestos un caso de conciencia... Los kahalés hacían negocios complicados con el rey. Adelantaban aménudo sumas considerables a la corona; el monarca, en cambio, empeñaba a la comunidad los ingresos de distritos cristianos. Los kahalés tenían que cobrar ellos mismos el dinero, y esta recaudación era siempre causa de grandes movimientos antijudíos... Aún fuera de todo cálculo de impuestos, los kahalés tenían que prestar dinero a la corona. Ajustaban operaciones formando en verdaderos establecimientos bancarios del monarca...»

tro. Los otros cubrían de vergüenza a San Francisco de Asís.

Los reyes cristianos, salvo raras excepciones, odiaban posiblemente a los judíos, pero no podían pasarse sin ellos, pues se hallaban éstos enquistados en la máquina administrativa, muy especialmente en el ramo de Hacienda. En el reinado de Alfonso XI el tesoro público era administrado por uno de éstos, Túsap de Ecija. El médico del mismo rey llamábase Samuel Abenhuer. Bajo su hijo Pedro I el administrador de los bienes de la corona era Samuel Leví. Los reyes les confiaban también, por razones que veremos después, la cobranza de las rentas reales, cargo odioso para el pueblo, que odia los impuestos y a quienes los cobran. Todos estos hechos hinchaban la nube siniestra sobre las cabezas de todos los hijos de Israel sin distinción. Cuando se presentaba la oportunidad estallaba la tormenta. Los reyes utilizaban también el dinero de préstamo judío en sus treminas contra los nobles indisciplinados; cuando cambiaba la decoración se producían terribles venganzas en carne judía. Tales las violencias antijudías de Enrique de Trastámara, antes y después de subir al trono bastardo por haber asesinado al rey Pedro I, su hermanoastro. Madariga añade que una de las causas de la impopularidad de los judíos se debía a que los judíos se dedicaron también a la intriga política. Hay huella judaica en muchas negociaciones secretas, económicas y políticas, religiosas y laicas. Una de las más sonadas sería el casamiento reservado de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla.

Sobre las razones de protección de los judíos por los reyes cristianos léase lo que escribe Valeriu Marcu en su interesante libro «La expulsión de los judíos de España» (Buenos Aires, 1945):

«Los judíos de los kahales (juderías) pagaban cada día el derecho de entrada para poder ver a España. Pagaban la capitación, impuestos colectivos directos e indirectos y el peaje. Pagaban derechos de exportación y de comercio en proporción más elevada que los cristianos, pagaban un elevado porcentaje de sus negocios a crédito y estaban obligados en algunas comunidades a efectuar pagos en especie y a dar alojamiento. A todo esto venía a añadirse amenudo una contribución especial fijada en treinta dineros en concepto de restitución de los denarios que uno de los suyos (Judas) habría cobrado en una época pasada. «Debéis —dice una ordenanza del rey Fernando IV— pagar en oro en recuerdo de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que fué crucificado por los judíos, y ordeno que no hagáis en moneda de buena ley y que tenga el más alto valor... Para regla-

— 3 —

Si intentamos explicarnos el origen de los conflictos entre los pueblos de la antigüedad nos encontramos con que fueron originados por un proceso laborioso de adaptación a las condiciones del medio geográfico. Tal o cual tribu errante, pastoril y transhumante, se sitúa en un valle fértil, surcado por el cauce de un río más o menos caudaloso, planta allí sus tiendas, construye los primeros rudimentos de una población, empieza a cultivar la tierra, planta sus árboles, eleva sus templos, inicia, en fin, las bases de una civilización poniendo en práctica instituciones políticas, económicas, sociales y militares. Estas para defenderse de las incursiones o piraterías de otras tribus aún errantes. El nomadismo parece haber sido la más primitiva condición del hombre. La lucha entre nómadas y sedentarios ensangrienta las primeras páginas de la historia. El espíritu guerrero, militarista o colonialista de nuestros días es una reminiscencia de un proceso de adaptación al medio todavía no conseguido por el hombre. El sedentarismo significa la civilización, pero también el sacrilego principio de propiedad de la tierra, del que se desprende el no menos sacrilego prejuicio de casta; el nomadismo es sinónimo de barbarismo, pero lleva gérmenes de universalismo y de libertad. La historia de las primeras civilizaciones en la confluencia del Tigris y el Eufrates tiene este mismo sentido. Los sedentarios pasan de la condición de pastores a la de agricultores e industriales. La sociedad toma cuerpo, pues la adaptación a un medio determinado permite la práctica de refinamientos imposibles en la vida errante: los más sublimes la iniciación en las artes y las ciencias, la especulación filosófica hija de la preocupación religiosa. La civilización domeña el furor belicoso en beneficio de otras cualidades más sutiles. Los pueblos nómadas, reacios al sedentarismo por incapacidad de adaptación, desarrollan, en cambio, una enorme capacidad militar. Las primeras civilizaciones caen a pedazos al empuje de los discoloros nómadas; pero los victoriosos, seducidos a su vez por sus conquistas, son en realidad vencidos por la civilización, en la que quedan presos irresistiblemente. Otros bárbaros les atacarán a su vez para ser seguidamente asimilados. Un núcleo de civilización cualquiera se compone de capas superpuestas que significan otras

tantas tentativas de destrucción frustrada. Los actores, vencidos y vencedores, son diferentes, pero la civilización es una sola. En realidad las hordas bárbaras no destruyen las civilizaciones, sino que la civilización los destruye a ellos. Los espacios libres van poblándose de ciudades, los baldíos sufren la santa profanación del arado, a la guerra de rapiña sucede el comercio de trueque, elemento del equilibrio futuro. Este equilibrio está todavía por realizarse.

Pero de la misma manera que existen en el organismo humano reminiscencias de órganos ya sin función fisiológica aparente, existen pueblos que por razones muy complicadas, difíciles de discernir, conservan hondos resabios de su estructura social-religiosa primitiva. Uno de estos pueblos, entre tantos, es el judío. El pueblo judío figura entre los más antiguos. El que se considera su patriarca, Abraham vivió miles de años antes de la era vulgar. Abraham es un jefe nómada que recorre las llanuras del alto Eufrates haciendo pastar a sus rebaños. Los hebreos habían vivido muchos años en las llanuras donde serpentean los afluentes de este gran río. Llevados de su vida trashumante, rechazados por otras tribus, huyendo quizás de la sequía, abordaron las tierras fértiles del Jordán. Rechazados tal vez por su primer ocupante pidieron asilo al rey de Egipto, quien les permitió establecerse en el valle del Nilo. En Egipto cambiaron sus costumbres. De pueblo nómada conviértiéndose los judíos en sedentarios; de pastores en agricultores. Mas recibidos como huéspedes no tardaron en ser considerados como esclavos. Como tales tuvieron que edificar ciudades, abrir canales, levantar diques para regar las huertas de sus dominadores. ¿Explicación a todo esto? Arriéguenos una hipótesis confirmada por acontecimientos muy posteriores. Los hebreos, imbuídos ya en aquellos tiempos de un acendrado espíritu de comunidad racial, no se dejarían asimilar. El espíritu racial sería reforzado por un sentimiento religioso no menos hondo. La religión está quizás en el origen del pueblo judío. Según Reclús el mismo Abraham se confunde con Orkham, rey de la ciudad de Ur, en Caldea, gran reformador religioso que suprimió los sacrificios humanos. Esto se reproduce en la biblia, donde un ángel deleva el brazo de Abraham en el momento en que iba a apunalar a Isaac y una cabra ocupa el lugar de sacrificio. El mismo Abraham es oriundo de Ur. Los hebreos cautivos en Egipto formarían ya un pueblo religioso. Moisés les arrancó de este cautiverio mediante una fuga espectacular a través del desierto, el Mar Rojo, la península de Sinaí y la tierra de Canaán. Cerraban así un vasto periplo del Eufrates al Nilo y de éste al Jordán. La sola permanencia en Egipto había durado cuatro siglos o cuatro generaciones, que en esto no concuerdan los textos bíblicos.

IV

Los pogroms, puestos de moda en Europa, debían forzosamente repercutir en España. Ellos obedecían no solamente a resentimientos de tipo religioso, sino que también a la envidia y a la codicia. Distraídos los reyes, protectores tradicionales de los judíos por razones que hemos de ver pronto, se ocupaban menos que antes de éstos, que pudieron trabajar y afirmarse más en los sitios estratégicos de la nueva sociedad con sustanciales ventajas de todos los órdenes. Porque la nobleza y gran parte de los españoles desdeñaban por prejuicios de sangre ciertas ocupaciones y dedicábanse casi exclusivamente a la milicia y a la Iglesia en desdoro de las tareas de paz. De ahí el empobrecimiento de los cristianos y el entriquecimiento de los judíos que a estos útiles menesteres atendían. A este complejo de inferioridad uníase otro. Los judíos consagrábase al estudio de las ciencias y sus progresos eran tales que los cristianos, faltos de otro consuelo, ignorantes y supersticiosos, dieron en acusarles de brujos. Parece que ya hubo quema de « brujos » en los principios de la Edad Media.

En el siglo XI desencadenóse una ofensiva en toda Europa a causa de los desafueros del fanatismo musulmán contra el santo sepulcro de Jerusalem. Otras veces eran las pestes, los desastres de la naturaleza y las sequías que desataban la furia popular contra las juderías. Todos estos acontecimientos tuvieron más o menos repercusión en España. La situación se agravó al predicarse las famosas cruzadas. Los primeros cruzados, incapaces de otros heroísmos, devastaban los países cristianos por donde pasaban y hasta tomaron por infieles a los contados habitantes de Constantinopla pasándolos a cuchillo. Según Alfonso Torres de Castilla («Historia de las persecuciones») el arcediano de Sevilla, Hernán Martínez, decía a sus feligreses en uno de sus sermones: «¿No es una locura alistarse a las cruzadas de Oriente para combatir a los enemigos de Jesucristo cuando están entre nosotros los descendientes de quienes le crucificaron?» Los frailes que más se distinguían en estas incitaciones populares al homicidio serían dominicos y franciscanos. Los siervos de Santo Domingo de Guzmán serían cantera de inquisidores, como dignos discípulos del maes-

tidas», resumen del saber jurídico al par que monumento literario de la lengua castellana, que empieza a levantar su raudo vuelo. Se escriben o se traducen libros de cosmografía, astronomía y química y se redacta la famosa «Crónica general de España» que termina en el reinado de Fernando III, el futuro San Fernando. Algunos de estos sabios judíos y musulmanes eran habitantes de Toledo cuando la conquista de esta ciudad por los cristianos. En las capitulaciones de estas ciudades conquistadas figuraban cláusulas de tolerancia política y religiosa, aunque más tarde no fueron respetadas. Quiere decir que con ligeras variantes prevaleció en general en las zonas recuperadas por los cristianos un ambiente de benevolencia para los judíos y musulmanes oriundos e inmigrados, casamientos mixtos e iglesias comunes.

En la legislación de Fernando III y Alfonso X esta tónica de tolerancia es objeto de códigos y leyes según la buena tradición isidoriana (conversión por la persuasión). La tolerancia no sería igual para judíos y musulmanes y fué mayor para los mudéjares que para los moriscos. Posiblemente por esto las relaciones entre judíos y cristianos no fueron nunca completamente cordiales. La tirantez se acentuaba al calor de las discusiones religiosas más frecuentes y borrascosas a medida que los ejércitos cristianos avanzaban hacia el reducto granadino. Por otra parte, frailes fanáticos encendían otra guerra santa antes de que terminase la que iba a durar cerca de ocho siglos. La seguridad de la victoria y la euforia de unidad étnica y religiosa desquiciaba y arrebatava a predicadores epilépticos, curas trabucaires de la época, que escapando del convento como locos del manicomio, caían en tromba, la espada homicida y el hacha incendiaria en una mano y otra, sobre los indefensos habitantes de las juderías.

Los judíos no pudieron conquistar jamás completamente aquel verde país prometido por Jehová. Ocupaban el litoral otros pueblos organizados en ciudades independientes: filisteos, cananeos y fenicios. Para colmo de infortunio la tierra de Canaán era un vasto «no man's land» por el que se producía el vaivén de los ejércitos de los dos poderosos Estados de la época: Asiria y Egipto. La situación de los judíos, según frase feliz de H. G. Wells, podría compararse a la de una tribu de gitanos que osase campar en plena Quinta Avenida neoyorquina. En 604 A-J los vencedores de turno castigaron su complicidad con los egipcios vencidos con su deportación en masa a Babilonia (destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor II).

De su cautiverio de 70 años regresaron los judíos civilizados. Antes no habían sido más que una tribu de bárbaros. En Babilonia se familiarizaron con las ciencias, la industria y el comercio. Se supone también que forjaron allí la mayor parte de los materiales del Antiguo Testamento, copia, en gran parte, de las tradiciones caldeas. Para Reclus los judíos deben a los babilonios el nombre de su dios: Yaveh o Jehová. El acervo religioso-racista quedaba plasmado en estos principios: Que constituye el pueblo judío una sola raza. Superioridad de la raza judía sobre las demás, según revelación de Yaveh. El mismo Yaveh no era sólo un dios sino el único dios. Que en consecuencia el pueblo judío era el escogido por dios en la tierra. (Monoteísmo y mesianismo).

Estos principios serían exacerbados por las persecuciones y destierros a partir de la primera dispersión o diáspora. Después de la catastrófica gestión de los reyes judíos se inauguraría la fase de los profetas o sacerdotes. (Profeta significa «hablar en nombre de dios»). Estos empezaron a anunciar un salvador o «mesías». El gran crimen de Jesús fué creerse este enviado de dios. Entre sus compatriotas los había petrificados por el dogma (los fariseos) y herenizados, que hasta llegaban a negar la inmortalidad del alma. Los primeros no perdonaron al reformador haber expulsado a los mercaderes del templo. Por otra parte temían las consecuencias revolucionarias de aquellas predicaciones tan atrevidas. Temían los caífaes posibles represiones de las autoridades romanas contra toda población judía. De ahí la denuncia y entrega de aquel perturbador.

II

¿Cuándo llegaron los primeros judíos a España? Según Gonzalo de Reparaz habitaran Iberia muchos años antes de Cristo. Claudio Sánchez-Albornoz cree que de antes de la diáspora. Salvador de Madariaga supone que vinieron en la época del rey Salomón y presta cierto crédito a que serían los fundadores de Toledo (del vocablo hebreo «Tholoth», «La Sión Hispanica»). Eliseo Reclus los supone introducidos por los galeones fenicios (de mil a mil quinientos años antes de Cristo). Dice este autor en el primer tomo de «El hombre y la tierra»:

«Así la evolución moral de los judíos había terminado presentando el conjunto del movimiento que se había producido ya en todas las comarcas del derredor; pero este estado de cosas habría conservado su carácter local y no habría llevado la evolución a los destinos comunes de la humanidad si el pequeño pueblo de Israel hubiese quedado encerrado en el estrecho enclave conquistado a los cananeos. Pero mucho antes de la dispersión de los judíos ordenada por los reyes de Asiria, ya se habían esparcido individualmente por familias y hasta por grupos considerables, por todos los países ribereños del Mediterráneo. Gracias al comercio fenicio, vehículo del elemento judaico, se habían insinuado en todos los países del mundo afectos a la civilización occidental. Igual que las otras naciones de Siria, los judíos figuraron prominentemente entre la clientela de los ricos negociantes fenicios y, de generación en generación, gran cantidad de estos clientes siguió a los aventureros mercaderes hasta las estaciones extranjeras. Unos, de buen grado, otros como esclavos o cautivos, habían «emigrado» a los países lejanos y fundaron por todas partes pequeñas comunidades israelitas que debían, en los períodos decisivos, recibir el impacto de los acontecimientos ocurridos en la madre patria...»

De lo que se desprende que los maestros de los judíos en su cara ciencia especulativa fueron los fenicios. (Los judíos serían aprendices de los fenicios establecidos por su cuenta). Teniendo en cuenta el importante papel fenicio en la colonización de Iberia, quizás sus primeros colonizadores, tenemos un indicio seguro de la fecha de su trasplantación en nuestro país. Pero considerada históricamente esta cuestión

Esta serie de hechos explica una de las perplejidades del historiador al constatar la emigración judaica hacia los reinos cristianos que se produce entre los siglos XII y XIII. Es posible y hasta probado, que por una condición muy propia del ente judío, se encontraban elementos de esta raza en los territorios fluctuantes ocupados por los reyezuelos cristianos en pleno auge de la civilización cordobesa; pero es incuestionable que el grueso de la población judía convergía en la zona dominada por el árabe. El judío ortodoxo se sentía aquí más seguro y el heterodoxo encontraba más estímulos. Por otra parte el ambiente propicio del Andaluz atraía constantemente a contingentes judíos que podíamos llamar internacionales, unos procedentes de Oriente, barridos por la hostilidad del califa Kadar, otros de Francia y otros países europeos, huyendo del espectro del pogrom. Los hebreos más sabios del mundo acudían a Córdoba, y más tarde, al iniciarse el predominio militar cristiano, a Toledo. Los proscritos, y los que podríamos tildar a justo título de nativos, se dedicaban a la difusión de la filosofía griega clásica. Se distinguieron también en el cultivo de la poesía, pero muy principalmente en medicina, con una competencia en esto tan sobresaliente que los propios príncipes cristianos acudían expresamente a tratarse a Córdoba.

Pero la emigración más importante hacia los reinos cristianos se debe principalmente a la desintegración del califato cordobés y a la intransigencia religiosa de almorávides y almohades cuya importancia hemos señalado. Allí fueron bien de Córdoba bien acogidos. El eje de la cultura emigró también de Córdoba a Toledo. (1) La España musulmana se desdobló en los reinos de taifas, lo que por otra parte produjo una descentralización beneficiosa que remontó el ascendente de Sevilla y Granada. Aragón y Cataluña se beneficiaron también de este desplazamiento de la civilización. En Zaragoza brilla el filósofo hebreo Avampace; en Barcelona el poeta Isaac ben Reuben y los filósofos Judá ben Barzilai y Hardai Cresques, el teólogo Salomón ben Adret y el matemático Abraham bar Hiya. En Castilla el rey Alfonso X se rodea de un equipo de sabios musulmanes y judíos. En esta época se fragua la enciclopedia «Las siete par-

(1) Toledo era un reino de taifas cuando lo conquistó Alfonso VI en 1080. Sus poblaciones árabes y judías permanecieron en la ciudad bajo ciertas garantías que no siempre se respetaron. Por lo tanto Toledo no fué propiamente un receptáculo de cultura emigrada, sino que ya la tenía muy añeja al producirse el éxodo judaico a los territorios cristianos huyendo del fanatismo bereber.

car su dictadura sostuvo un estado de guerra permanente. Empezó durante 26 años de campañas 52 incursiones en territorio cristiano. Estos saludaron su muerte con una exaltación de alivio: «En el año 1002 murió Almanzor; está enterrado en los infiernos». Todas las dictaduras dejan al desaparecer un inmenso vacío, prueba de lo artificioso de su existencia aparatosa. Consecuencia de la de Almanzor el imperio musulmán cruje, y para apuntalarlo se solicita la ayuda de los fanáticos almorávides del Africa. Pero el Islam paga en su espíritu una ayuda fugaz vencida en las Navas de Tolosa (1212). Bajo el feroz dogmatismo de almorávides y almohades los astros de la ciencia y la filosofía fueron sañudamente perseguidos. Veamos de cerca los hechos a través de la pluma de Juan G. Draper («Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia»):

«Almanzor, que usurpó el califato en perjuicio del hijo de Hakem, pensó que su usurpación sería apoyada si se ponía a la cabeza del partido ortodoxo. Hizo buscar, por lo tanto, en la biblioteca de Hakem, todos los libros de filosofía o ciencias, los que fueron arrojados a la plaza y quemados, o arrojados a los subterráneos de palacio. Por una revolución cortesana de la misma índole, Averroes, ya anciano (murió en 1198), fué expulsado de España por traidor a la religión. El partido religioso había triunfado del filósofo...» «Averroes en su doctrina blasfema, niega la creación, la Providencia, la revelación, la Trinidad, la eficacia de la oración, de las limosnas y de las letanías; no cree en la resurrección ni en la inmortalidad, y coloca la suprema felicidad en el placer...» «También entre los judíos, que eran entonces los portaestandartes de la inteligencia del mundo, se había propagado considerablemente el averroísmo. Su gran escritor Maimónides lo aceptó por completo y su escuela lo extendía en todas direcciones. Una persecución furiosa se levantó por parte de los judíos ortodoxos, y Maimónides, a quien antes habían declarado ellos mismos, con placer, «el águila de los doctores, el gran sabio, gloria de Occidente, luz de Oriente, inferior solamente a Moisés», fué considerado como apostata de la fe de Abraham. Había negado la posibilidad de la creación y creído en la eternidad del mundo, se había entregado al ateísmo y privado a dios de sus atributos, haciendo de él un vacío, declarándolo inaccesible a la oración y extraño al gobierno del universo. Las obras de Maimónides fueron quemadas por las sinagogas de Montpellier, Barcelona y Toledo...»

Aquí surge a la palestra un segundo elemento negativo: el partido ortodoxo, una de las calamidades suplementarias para el judaísmo, como veremos más adelante.

debemos discernir dos hechos. Primero, la segunda destrucción de Jerusalem por Tito, hijo del emperador romano Vespasiano, en el año 70 de nuestra era, y el concilio de Iliberis, celebrado en el año 300. Don Modesto Lafuente, en su «Historia de España», nos cuenta que en el reinado de Vespasiano se realizó una de las profecías de los libros sagrados: la destrucción de Jerusalem y la dispersión de los judíos por todas las naciones de la tierra. Millón y medio de israelitas perecieron en aquella terrible hazaña de Tito, 97 mil fueron hechos cautivos. Judea dejó de existir como nación, y España, concretamente Mérida, fué uno de los lugares de su confinamiento. Sin embargo, el problema judío toma cuerpo por primera vez en nuestras crónicas a través del concilio de Iliberis (o Elvira, cerca de Granada). El canon 49 de aquel concilio dice: «Se advierte a los dueños de haciendas que no permitan a los judíos bendecir los frutos que dios les ha dado para no hacer superflua nuestra bendición. El clérigo o fiel que coma con los judíos deberá ser alejado de la comunidad para que se corrija.»

Esta hostilidad parece más bien represalia de los primeros cristianos por la traición de Judas Iscariote. Pero el antijudaísmo toma cuerpo en nuestra península avanzada la época visigoda. Los bárbaros nos invaden en 409: vándalos, suevos y alanos. Los visigodos en 414. «Ya hubo entonces también, como sabemos, problema judío, que llevó otro rumbo, puesto que se les persiguió y desterró (no obstante la protesta del clero católico), si bien la expulsión completa no se pudo conseguir» (Rafael Altamira: «Los elementos de la civilización y el carácter de los españoles»). Según Sánchez-Albornoz «Españoles ante la historia», los judíos sólo fueron importantes en los reinos cristianos a partir del siglo XII. Dice Gonzalo de Reparaz («La trágica lucha entre el Korán y el Evangelio»): «Los godos, gente inculta e intrusa, no del todo germánica y recién cristianizada, perseguían a los judíos, antiguos habitantes de Iberia (desde muchos siglos antes de Cristo), laboriosos, constructores por las artes de la paz, no por la espada, constructores, no destructores, y usaban contra ellos la acusación de la muerte de aquel Cristo de quien los acusados no tenían más noticia que la que sus perseguidores les daban.»

Rafael Altamira tiene mucho interés en señalar que los judíos vivían respetados gracias a la doctrina de la Iglesia defendida por San Isidoro, quien aconsejaba convertirlos mediante la persuasión y la predicación: «Algunos reyes (Sisebuto, Chintila, Recesvinto y Egica) procedieron en contra de esta doctrina, aunque no siempre por motivos religiosos, sino, a veces, políticos, y fueron censurados o contenidos en sus violencias por los obispos y por los concilios IV, VI y

VII de Toledo» (Altamira: «Manual de Historia de España»). Mas no puede hacerse extensiva esta benevolencia a la mayoría de los prelados y a la misma Iglesia española, cuyos primeros concilios fueron de ciega obcecación contra toda herejía. Una de las primeras víctimas de este furor intolerante fué Prisciliano (340-418), obispo de Avila, condenado por un concilio y ejecutado por Máximo.

Durante la época goda, en particular a partir de la ascensión al trono por Recaredo, la Iglesia asume en España un poder teocrático absoluto. Para solemnizar su conversión al cristianismo Recaredo convocó el III concilio de Toledo (589), en el cual la católica fué proclamada religión del Estado, lo que dió lugar a persecuciones contra los judíos. El clero católico adquirió una gran preponderancia en los negocios eclesiásticos y políticos. Recaredo es el Constantino español. Antes de Recaredo los concilios de la Iglesia habían tratado siempre de asuntos religiosos exclusivamente; desde Recaredo pasan a ocuparse también de los temporales. Esta siembra dió su pleno fruto en el reinado de Sisebuto (612), uno de cuyos edictos ponía a los judíos ante la alternativa de convertirse por el bautismo en el plazo de un año o ser rapados (la mayor humillación entre godos), azotados, confiscados y expulsados. Rudolf Rucker estima en 90 mil los judíos que se sometieron al bautismo, y en unos 200 mil los emigrados a Africa y Francia (Rucker: «Nacionalismo y Cultura»). Por su parte Lafuente califica el suceso de nueva dispersión del pueblo judío, y añade: «La Iglesia comenzaba a hacerse intolerante». En 633, otro concilio, bajo Sisebando, moderó en parte el edicto de Sisebuto, pero establecía que les fuesen arrancados los hijos a los judíos no conversos para ser educados católicamente. Los judíos casados con cristianas debían optar entre la conversión y la separación de cuerpos. Chintila convocó los concilios V y VI. Este decretó que no se diese posesión del reino a quien no jurase intolerancia al judaísmo. El no cristiano sería considerado como esclavo. Recesvinto (VIII concilio) remachó las leyes antisemitas. Y si Wamba restauró la tolerancia religiosa, Ervigio permitió que los obispos restablecieran la segregación religiosa. Finalmente, Egica, so pretexto de que los judíos complotaban con sus correligionarios de allende el Estrecho, puso en vigor nuevas leyes antiebraicas. Por éstas los judíos eran declarados perpetuamente esclavos, y sus hijos debían ser arrancados desde los siete años de edad. Cerremos este capítulo señalando que uno de los monumentos jurídicos orgullo de los próceres cristianos es el «Fuero Juzgo». Pues bien, esta compilación de leyes romanas, germánicas y visigodas, que causó la hilaridad de Montaigneu, dedica uno de sus doce libros a proclamar el exterminio del judaísmo (Lafuente, obra citada).

III

En 711 se desploma el imperio godo español como un castillo de naipes, mahnado por la división de la nobleza y ante la indiferencia del pueblo, hartío de tanta corrupción y do-lorido por la opresión. La política de los invasores orientales fué de amplia tolerancia religiosa. Los primeros emires habían dado instrucciones a este respecto a sus aguerrias huestes. Bajo el emirato independiente y el califato de Córdoba conviven en buen vecindaje la iglesia, la mezquita y la sinagoga. Los matrimonios son mixtos y el idioma popular bilingüe. Judíos y cristianos viven respetados en sus prácticas religiosas. Sólo era castigado el escarnio y la intolerancia. El insulto a Mahoma se castigaba severamente, a veces con la muerte. En este clima de tolerancia los mozárabes (cristianos en tierra de moros) vivían entre los mahometanos con su fe cristiana, sus leyes visigóticas, sus obispos y condes. Lafuente reconoce este clima de tolerancia y se admira de la pacífica coexistencia del escapulario y el turbante, de la campana convocando a sus fieles y de los ministros del profeta llamando a los suyos al culto. Pero reconoce también que hubo con el tiempo persecución religiosa antiebraica, aunque la provocaron los obispos cristianos «como medio de atajar la propensión que en los mozárabes se notaba a dejarse arrastrar del ascendente de una más alta civilización: la fusión por el idioma, por la literatura, por el matrimonio». Y dice de aquellos obispos provocadores: «Si tal fué su intento, lograron cumplidamente, pues la sangre de los mártires abrió de nuevo un abismo entre los dos cultos y entre los dos pueblos».

Hubo, pues, un idilio judío-musulmán y hasta un idilio musulmán-cristiano en la civilización califal cordobesa. Desgraciadamente la decadencia de esta civilización empezó a manifestarse con las luchas de camarillas ambiciosas que abocaron al «pronunciamiento» de Almanzor. Era éste de abolengo hispano-árabe. De humilde empleado del Estado trepó a los altos rangos del ejército merced al favor de la sultana Aurora, de ascendencia vasco-navarra. La muerte del sultán y la minoría de edad del heredero facilitaron tan funesta tentación usurpadora. Se rodeó el caudillo de una camarilla militar ávida de trofeos y de botín. Para justifi-

H AGAMOS comprender al niño que si exigimos obediencia las órdenes que le damos, y algunas veces lo castigamos es porque lo queremos, por afección y en su propio interés». Este es el criterio que defienden y practican los pedagogos inspirados en el principio de autoridad y que aprueban, desgraciadamente, la inmensa mayoría de los padres. Por nuestra parte, lo rechazamos considerándolo, cuando menos erróneo... Aunque bien sabemos que es opinión gestada, conscientemente, por la malignidad autoritaria empeñada en cultivarla a través de los tiempos para que subsista la Autoridad... que es el Mal dañando permanentemente al género humano.

No olvidamos los años de la niñez y de la juventud. Son páginas de la vida real que encierran grandes enseñanzas..., más lecciones pedagógicas que todos los tratados de educación. Si se releieran a menudo, si los adultos recordaran que fueron niños, si no olvidaran cuanto detestaban y odiaban lo que les hacían los mayores, seguramente no harían sufrir las mismas amargas experiencias a los pequeños que hoy crecen a su lado. Pero educados por y para el castigo, continúan castigando. Exigen a los educados que hagan, a las buenas o a las malas, labores manuales y artísticas y estudios que a su misma edad física y pedagógica, resistíanse a hacer por ser contrarios a sus tendencias más nobles, a sus gustos, aficiones, en fin, en pocas palabras: a sus peculiares necesidades biológicas y de saber.

Combatida y descuidada la educación racionalista-humanitaria escasean los educadores capaces de ejercer las funciones educativas empezando por lo primordial: descubrir la capacidad individual de cada niño; es decir: averiguar para qué está bien dotado. «Aprender» antes de enseñar. Las individualidades de los niños son distintas en muchos aspectos. Imposible hallar dos educandos con idénticas aptitudes especiales. Individualizar la enseñanza significa, pues, aceptar al ser humano, desde que nace, como presente biológico que es, como es y no como desearíamos fuese: con particularidades biológicas y psíquicas diferentes a las de sus semejantes que la instrucción y la educación pueden mejorar sirviéndolas y no intentando sustituirlas por las que constituyen nuestra personalidad: la de los progenitores, vecinos, maestros o de otras personas que admiramos. Esta es la ayuda que el niño necesita: que favorezcan su natural desarrollo orgánico e intelectual y formación ética de modo que aumenten sus energías físicas, sociales y psicológicas y determinen su mayor

Educadores, sí verdugos, no!

bienestar, su dicha y la longevidad feliz de la misma especie humana.

A la precitada tesis de libertad en la enseñanza se oponen argumentos como el siguiente: «Quien bien te quiere te hará llorar, y quien mal te quiere reír te hará.» Repítese de generación en generación el esfuerzo supremo por justificar lo injustificable, lo irracional: el método de comprensión, de violencia que en la escuela y en el hogar adóptase para «educar» — entiéndase disciplinar, domar — a los niños. Hoy, víctimas; mañana, victimarios. Víctimas y verdugos... ¡Verdugos y víctimas!... Sucesión ininterrumpida de víctimas y victima-

por Floreal OCAÑA

rios frutos únicos que puede producir la educación autoritaria. A la vista de sus detestables resultados es hora que, rotundamente, declaremos falsa y nociva la máxima tradicional que más arriba citamos porque, *quien bien ama a otro sólo alegrías procurará darle, y quien mal quiere únicamente penas puede dar.* Reconocemos que gran número de maestros admiten esta opinión desde lo más hondo de sus corazones y de sus íntimos pensamientos, pero no la exteriorizan, y continúan repitiendo: «Quien bien te quiere te hará llorar...» Así «responden» a los reproches de sus conciencias que condenanlos por oponerse a las maravillosas eclosiones de la naturaleza de cada niño. Ciertamente, con él, son menos duros y crueles que otros colegas del magisterio. Mas no cesan de serlo del todo. Carecen de valor moral para confesar sus errores y modificar sus conductas. Temen al ambiente autoritario que los «produjo», y les asusta el pensar que perderían el salario que reciben para actuar de demonios domesticadores de voluntades humanas. Siguen la corriente de defectos educativos y aumentan su caudal, contrayendo la misma o mayor responsabilidad que los convencidos y decididos propagadores y practicadores sistemáticos de la pedagogía autoritaria — antibiológica. Nosotros, que hemos comprobado su ineficacia y su nocividad en la tarea de instruir y educar, a padres y a maestros, a todos los adultos educadores que se niegan o no se atreven a ocupar un lugar entre los defensores de los niños, les decimos que son unos perfectos cobar-

des. Cobardía, la más grande e inexcusable de las cobardías es rechazar defender al niño, y la cobardía del pusilánime «educador» se agiganta, se multiplica, alcanza el *Summum* cuando además de su conducta insoportable e innoble castiga, de obra o de palabra, a esa tierna y débil criatura que contrariada y maltratada crece raquítica llorando su desventura.

Maestros y padres, creednos: perdéis el tiempo esforzáos por convencer al niño que es necesario se someta y se deje *dirigir* por vosotros porque «más que él sabéis qué le conviene». En vuestro método de castigo el educando ve mal y no bien, porque mal y no bien recibe. El «premio» posterior que le ofrecéis — doble filo del Castigo que debiera herir vuestra sensibilidad porque significa soborno de su voluntad y cultivo de prostitución de su conciencia — tan pronto se somete y os obedece «ciegamente», tampoco le convence. Para evitar el castigo se «vende»...; pero la verdad es que sólo comprende lo que experimenta en sus carnes: que lo violentan, que retuercen cruel y despiadadamente su voluntad, que humillan su personalidad, que lo torturan obligándolo a conducirse, casi siempre, opuestamente a como siente y piensa. El Castigo sella sus labios, mas aunque éstos no se atreven a decirlo con su silencio, con sus gestos y con sus ojos proclama que el represor es malo. Y el daño que éste le hace es inmenso cuando cree que ha logrado que acate sus rígidas disposiciones «educativas». Derrotado en la lucha desigual, vencido, se entrega «buenamente», deja de ofrecer resistencia como el tierno arbolillo torcido por maligna mano humana — ¡inhumana! — que se «resigna» a conservar su figura contrahecha, deformada hasta el fin de su existencia.

«Quien bien te quiere te hará llorar...» ¡Mentira! Por mi parte confieso que por amar a mi hija, por querer a varios hermanos huérfanos que tuve a mi cargo unos años, hasta que formaron hogar; que por estimar bien a centenares de alumnos y alumnas de «mi» escuela, que era su escuela, jamás los hice sufrir, ni castigué y procuré evitarles todos los dolores posibles combatiendo las intoxicaciones del medio con el mejor y más eficaz antídoto: la alegría de ser tratados con amor. Si el educando se convence que comportándose mal, perjudicándose y perjudicando a los demás, difícilmente obtendrá nuestra absoluta amistad y que, en cambio, obrando bien la conseguirá con creces, en justa reciprocidad; si comprueba, una y mil veces, que cuando intenta hacer prevalecer sus exigencias autoritarias y de la mala educación, en vez de imponernos, contando con muy superior fuerza física,

Pulso del mes

La cuasi imperceptible guerrilla del espíritu

Cuando las energías populares yacen bajo la losa de un régimen tiránico, la acción de la cultura adquiere relieves insospechados. La cultura puede aceptar la opresión, pero no se somete definitivamente. Don superior del hombre es, respecto a las energías sociales, lo que la noche para nuestro descanso. Mientras el cuerpo exhausto se repone de la dura faena cotidiana, el mundo de la inteligencia vibra y se agita incansablemente en la meditación, la preocupación o el ensueño. Si el cuerpo duerme, el espíritu vigila. El espíritu (o la inteligencia) es como un eterno centinela apostado voluntariamente en las barricadas de nuestra existencia individual y colectiva.

Por eso los tiranos y los usurpadores le tienen tanto miedo a la inteligencia. El grito troglodita de Millán Astray es todo un poema, y una lección de filosofía política para los incorregibles amantes del principio de autoridad. En efecto, los verdugos pudieron matar en España «hasta la quinta generación». El terror gubernamental hizo milagros, pero la inteligencia se salvó (como siempre) del horroroso «sanbartolomé» franquista. «El venceréis pero no convenceréis» de Unamuno significó el primer «acto oficial» de la «guerrilla del espíritu». Quizás sin querer él fué su inspirador y organizador. Le precedió Isaac Puente, pero el martirologio de Isaac lo hizo ansia y sangre del pueblo en vez de quedar en símbolo inmanente de la inteligencia, una inteligencia que continuó allí, que incluso callaba, pero que no se sometía.

¡Y no se sometió, ni murió! El esperpento físico de Millán Astray no pudo salirse con la suya. Al fin y al cabo un burdo legionario del Rif no va a negar, no puede anegar con el barro de una sentencia absurda y bravucona las albas corrientes naturales del progreso y la civilización que tienen en la inteligencia su mejor exponente.

Y allí está la «guerrilla del espíritu» actuando, desde hace más de veinte años, en las propias narices del régimen fascista. No son como los guerrilleros clásicos que se batían a tiro limpio y dan la cara. Su lucha es más compleja, más diluida. Están en todas partes pero no se muestran materialmente en ninguna. Tratando de capturarlos el enemigo da palos de ciego y resulta que los palos le vienen, de rechazo, sobre sus propias nalgas. ¿Cómo combatir a los que carecen de filiación, a quienes no son anarquistas, socialistas, comunistas, masones, ni siquiera monárquicos liberales?

Los sabuesos del dictador vacilan, se alarman, se irritan. ¡No hay nada que hacer! Toda la culpa la tienen los que, medrosos, no siguieron al pie de la letra la «magnífica» consigna lanzada por Millán Astray en el Paraninfo de la Universidad salmantina. ¡«Muera la inteligencia»! Igual que a la clase trabajadora, había que haber «diquidadado» también a todos los escritores, absolutamente a todos los escritores, los filósofos, los poetas y a sus propios familiares. Porque resulta que ahora, al cabo de los años, son los hijos de quienes patrocinaron la «Cruzada» los mismos que militan en las filas difusas y confusas de la «guerrilla del espíritu».

Y si no que se lo pregunten al poeta Ridruejo y al catedrático salmantino Tierno Galván que hoy se sientan tranquilamente en el banquillo de los acusados. Aunque políticos definidos su delito es intrínsecamente cultural. «El proceso de los intelectuales».

Ya dijo Bonaparte, eminente guerrero y carnicero que, en última instancia, lo que realmente valían eran las victorias del espíritu y no las de las armas.

Orán, 1961.

Conrado LIZCANO

simplemente, sin ostentación, *nos resistimos a ser dominados*, rechazando sufrir el mal que para el mismo no queremos, terminará pronunciándose, espontáneamente, por la amistad abierta, sincera, generosa que le ofrecemos. Convencido — y no sometido — de su error, gozoso nos brinda-

rá la suya alegre, optimista, franca, cantarina, alada y plena de gracia como avecula que no teme y a nosotros se confía seguro que seremos su justo y abnegado defensor. En educación el recurso de la amenaza o del castigo corporal, de la fuerza, dicho en una palabra, significa el

fracaso estrepitoso del «educador» que lo usa. La personalidad del niño en ningún caso hemos de comprimirla, avasallarla y menos destruirla, sometiéndola a los dictados de la nuestra. ¡Educadores, sí; verdugos, no! México (D.F.).

Floreal Ocaña

HAN RYNER El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducido del francés por V. Muñoz, miembro de la
« Société des Amis de Han Ryner »)

(Continuación)

V

HAN RYNER Y LAS RELIGIONES

HAN RYNER odia las religiones. No los mitos en sí, sino las deformaciones de los mitos. No es a Jesucristo al que discute, lejos de eso: combate contra los impostores que de él se reclaman.

Han Ryner odia las religiones porque deforman la vida y solamente son un medio de dominación en manos de los ambiciosos. Las odia porque anatematizan lo bello y santifican lo feo, porque se complacen en las tinieblas pestíferas de los dogmatismos.

«Cuando una tontería, escribe, es demasiado absurda y tiránica para que los hombres la confiesen, hacen de ella una cosa sagrada; y es para esto que sirven los dioses. Las locuras que la Ley, que como se sabe es tan desvergonzada, no se atreve a reconocerse responsable, las carga sobre su hermana, la Religión» (8).

Y no está lejos de compartir la vehemencia de Nietzsche al exclamar: «Llamo al cristianismo la única gran calamidad, la única gran perversión interior, el único gran instinto de odio, que no encuentra los medios bastante subterráneos, bastante pequeños; yo lo llamo la única e inmortal deshonra de la humanidad».

Nietzsche hubiera podido extender su maldición a todos los cultos, en lugar de hacerla pesar únicamente sobre el cristianismo. ¡Pues se asemejan tanto, todas las religiones! El mismo espíritu, los mismos procedimientos. Los paganos martirizaban a los cristianos en los tiempos de Roma, pero los cristianos, los «puros», torturaban a los herejes en el tiempo de la Inquisición. Los ídolos, no importa cuáles sean, tienen sed de sangre. Y cuando las religiones se combaten, no hay que ir a buscar muy lejos la razón: «Concurrencia desleal», diría sonriendo Han Ryner. De ahí, el conflicto.

Pero la sonrisa no suaviza el rostro del filósofo. A veces, el tono se vuelve duro: «Dios, yo no estoy seguro de tu existencia y, si tú eres, no sé lo que eres ni lo que quieres. Tus intérpretes ¿mediante qué medios saben más que yo? Si afirman cuando yo dudo, es que en unos se halla la sinceridad del eco, pero en los otros se ve la ambición de manejarme y la avidez de explotarme...»

Schopenhauer decía ya: «Quien a la verdad ama, odia a Dios y a los dioses». Y añadía: «Se puede

muy bien creer que un ser individual ha creado el mundo, pero no se le puede pensar» (9). Y Han Ryner piensa.

Sin duda aprueba el verbo tumultuoso de un León Daudet (*quantus mutatus*) cuando escribe: «Primero tenemos al papa, innoble faz carcomida por el vicio y la gangrena en el centro de las caries romanas, y la legión de monstruos rojos ante la hoguera de los llamados cardenales. Babeemos encima de todos ellos. Luego tenemos a los pútridos hijos de Loyola, de ese Ignacio desencadenado, desmadejado, que sabe excusar el crimen con un gesto y ampara con un signo de la cruz todos los sacrilegios. Babeemos encima de todos ellos». (10).

★

El problema de Jesucristo ha apasionado a Han Ryner y ha escrito esa obra inimitable que es «El Quinto Evangelio». El elogio más entusiasta apenas si podría ofrecer una idea de esta poesía majestuosa.

¿Jesús? ¿Dios u hombre? Durante siglos numerosos buscadores, teólogos y filósofos, se han lanzado a la cara los mismos argumentos, mil veces arreglados y triturados.

«Antes de Han Ryner, escribe mi amigo Paul Vigné d'Octon, a quien dejaré el cuidado de trazar lo histórico de la cuestión, otros cuya alma generosa y su genio claro no habían podido admitir al Jesús-Dios creado por los sacerdotes, los parásitos y los sicofantes para dominar y explotar a la humanidad, habían ido a buscarlo a las perdidas comarcas de la Judea misteriosa, donde se decía que había vivido y donde su pretendida palabra debía irradiar sobre el mundo entero. El primero, si hemos de creer al profesor Guignebert, fué Reimarus, un filósofo y teólogo alemán muerto en 1768. A los sabios asombrados de su tiempo, mostraba como resultado de sus búsquedas «un Jesús político, ambicioso, cuya conspiración fué un fracaso; hombre de talento seguramente y eminente profesor de moral, completamente compenetrado con las verdades de la religión natural, pero astuciosamente adaptado a las costumbres de espíritu y a los prejuicios de su tiempo».

«Siguiendo las huellas de Reimarus, un poco más tarde caminó el mismo Kant y todos los grandes críticos kantianos, desde Fichte hasta David Federico Strauss, pasando por Hegel y Schelling».

«Kant el maestro de todos, dió la señal de una nueva «exégesis» que coloca a Jesús fuera de la historia; Fichte es más negativo aún, mientras que Schelling se esfuerza en dar su valor real tanto metafísico como histórico a los símbolos evangélicos, con Feuerbach y Strauss».

»La verdad sobre Jesús y los evangelios sufrió de más cerca un rudo asalto, como así toda la vieja escuela teológica ya bien desfalleciente. Con su crítica verdaderamente científica, el mito aparece y toma, dentro de la nueva exégesis, un lugar que ya no perderá hasta nuestros días. Con una audacia muy grande para la época, pero que justificaban una erudición y una profundidad crítica sin paralelo, Strauss aplica la teoría mítica no solamente a la persona de Jesús, sino a todo el relato evangélico.

»Entre toda esa gran pléyade alemana de teólogos y filósofos, que han hecho a la humanidad pensante el gran servicio de reemplazar a la revelación divina por una fría, segura e implacable exégesis, la figura del gran profesor de Tubingen se destaca con un relieve imponente, al cual el mundo sabio nunca ha cesado de rendir homenaje. Strauss ha escrito dos «Vida de Jesús». Todo el mundo está de acuerdo para reconocer que la primera, aparecida en 1835-36, marca un jalón en la historia; la emoción que levantó fué una de las más grandes que haya registrado la historia del pensamiento humano. Entre los teólogos trascendentes, luchando duramente por la ortodoxia secular, y sus adversarios críticos despiadados, la zanja era profunda, pero ni unos ni otros llegaban a interpretar razonablemente los textos evangélicos; y fué entonces cuando ante ellos se levantó Strauss, lanzando en las tinieblas de sus discusiones la luz de su interpretación mítica.

»Mostraba que si Dios no está encarnado en el hombre-Jesús, la idea del Cristo encarnado contiene sin embargo una verdad profunda; ese Dios hecho carne, según él, no es más que la Humanidad haciendo milagros al domar poco a poco los ciegos elementos, que se halla sin pecado, pues las manchas solamente caen sobre los individuos y el constante progreso de la especie las borra, que muere y resucita por la sucesión de las generaciones, que se eleva poco a poco por encima de las contingencias individuales, con una verdadera ascensión hacia el principio espiritual y divino, al cual tiende a identificarse, como Jesús ha terminado identificándose con Dios el Padre. «Quien cree, escribe Strauss, en el Cristo humanizado participa verdaderamente en la vida divina que encarna la especie. La persona y la vida de Jesús han dado a la Humanidad representada por las primeras generaciones de cristianos la ocasión de dibujar el retrato de su Cristo, tal como se lo representa, partiendo de la idea de sus propias relaciones con la divinidad».

»Tal es la nueva doctrina que Strauss ha tenido la audacia de lanzar al mundo en una época y en una Alemania en donde el papismo y el pietismo místicos eran las dos grandes fuerzas morales existentes.

»Transcurrieron treinta años, dedicados a luchar y a sufrir persecuciones por ella; durante ese tiempo, en la sombra estudiantina de un gran seminario de París, un joven bretón leía esta «Vida de Jesús» con una pasión contenida, sintiendo un sacudimiento profundo en su espíritu y en su alma. Al mismo tiempo que veía desvanecerse ante esa

gran luminosidad las nebulosidades de su alma mística, una indecible tristeza lo acongojaba con la idea de ese ensueño, ese Jesús que él se había hecho, a pesar de su divinidad, un retrato humano tan noble y tan hermoso, no era más que la expresión concreta de un mito.

»Y se puede decir que desde este momento, por una reacción natural, surgida de su herencia religiosa, la silueta de «su» Jesús se había levantado bien viva y bien real ante los ojos de su alma.

»Fué en 1864, es decir treinta años después de la primera «Vida de Jesús» de Strauss, cuando Ernesto Renán publicó la suya.

»Los ecos de la tempestad que levantó aún zumban en nuestras orejas. Muchos, entre los creyentes, perdonaban más fácilmente al filósofo alemán su mito, que a Ernesto Renán lo que llamaban «sacrilégio» de su Jesús privado de divinidad, y vuelto, aunque la más noble, una simple criatura perecedera.

»Hoy el tiempo ha pasado por encima de las ruidosas maldiciones. El nuevo siglo ha puesto una sordina a los anatemas que repercutieron en el siglo muerto, y el Jesús de Renán se erige siempre inefablemente hermoso y mira, con su dulce sonrisa desilusionada, a nuestra época no menos vil y tormentosa que la suya y que de nuevo lo crucificaría si entre nosotros viniera a predicar su doctrina anarquizante...» (11).

Es también ese Jesús el que Han Ryner ha levantado el trágico fantasma.

Y el filósofo escribe: «Jesús vivió libre y errante, alejado de todo lazo social. Fué el enemigo de los sacerdotes, de los cultos exteriores y, en general, de todas las organizaciones. Perseguido por los sacerdotes, abandonado por la autoridad judicial, murió crucificado por la soldadesca. Ha sido, junto a Sócrates, la más célebre víctima de la Religión y el más ilustre mártir del individualismo. Los sacerdotes han crucificado luego su doctrina como hicieron con su cuerpo. Han transformado en veneno la bebida tonificante. Y con las falseadas palabras del enemigo de las organizaciones y de los cultos exteriores, han fundado la más organizada y la más pomposamente vacía de las religiones» (1). Y del mismo modo que se esforzó en darnos la verdadera figura socrática, en «Las verdaderas pláticas de Sócrates», de nuevo Han Ryner ensaya, en «El quinto evangelio», de hacer revivir al verdadero Nazareno.

He aquí al apóstol predicando al azar de los caminos. Escuchémosle: «¿He venido a destruir la Ley o a cumplirla? Pero ¿qué es esa Ley? ¿Es el pueblo al cual debo llegar? ¿Es solamente un camino que puede seguirse? ¿Es la Ley un camino hacia la justicia?»

«Que los que han llegado al pueblo no sigan ya el camino. No importa por qué medio hayan llegado, es como si lo hubieran recorrido.

»Los que han llegado a la justicia que destruyan a la Ley de su corazón. Pues ya son justos y no puede servirles, y podría perjudicarles.

»El camino va hasta la puerta del pueblo. Pero el pueblo ya no es el camino.

»No os quedéis fuera de los muros, sino entrad en seguida en el pueblo, y no salgáis más para perderos en los meandros del camino, y no sufráis los ardores del sol en la aridez del camino.

»Al contrario, lavad vuestros pies para que no quede en ellos ni una sola partícula de polvo del camino.

»Pues en verdad os digo que, si vuestra justicia no va más allá que la de los escribas y los fariseos, no penetraréis en el reinado de los cielos» (13).

Y, más tarde, a los fariseos que le interrogan: «Es malo el preocuparse de las tradiciones de nuestros antepasados o de la Ley.

»Pues así se aprende a no pedir ya más al corazón lo que debe hacerse; y se obedece a escrituras y tradiciones que, en sí mismas, a veces son buenas y a veces malas.

»Pero son siempre malas cuando hacen olvidar el camino del manantial de la verdad y de la vida...

»Y entonces ya no sois más seres vivos, sino que sois meras máquinas que solamente se mueven bajo los resortes de la Ley y con los nervios de la Tradición...» (14).

Y así iba el Nazareno, predicando la liberación, el amor y la justicia. «Pues enseñaba las grandes cosas que se pueden escuchar con el corazón; pero no enseñaba, como los escribas y los sacerdotes, las pequeñas cosas que divierten y dificultan al espíritu.

»Y no enseñaba, como hacen los escribas y los sacerdotes, con servidumbre y con autoridad, igual que el esclavo que repite a otros esclavos los datos del amo.

»Pues enseñaba con libertad, como un hombre que habla a los hombres, como un corazón que se desborda hacia los otros corazones» (15).

Pero, por desgracia, siempre llegan los impos- tores: «En las llanuras o en las orillas de los lagos, éstos proclamaron muy alto el evangelio de la locura que llama y acepta al milagro.

«O a veces, en la montaña, han balbuceado tus primeras palabras, Evangelio de la pobreza alegre, de la abnegación y del amor.

»Pero muy a menudo por senderos de credulidad, han llevado a Jesús bajo cielos que se abren, bajo voces que bajan de lo alto, sobre Thabors de luces teatrales.

»Y así han hecho de él un Profeta, un Cristo, un Verbo de Dios.

»Y en el rodar de los tiempos, otros, más insensatos, han hecho de él un Dios.

»Por eso yo te invito, oh, hijo del hombre, a una ascensión nueva. Para que, en la sincera claridad del sol, asciendas hacia la cúspide verdadera, y para que al fin te vuelvas un Hombre, oh, hijo del Hombre...» (16).

Tal es el Jesús de Han Ryner.

Próximo artículo: «Han Ryner y las filosofías».

NOTAS DE LOS 5 PRIMEROS CAPITULOS

(Ver CENIT nos. 121 y 122)

(1) *Le Livre de Pierre*, 1919, ediciones de los *Humbles* (Paris), extractos de *Ce qui meurt*, obra aparecida en 1893 y hoy agotada.

(2) *Le Petit Manuel Individualiste*, págs. 18-19. Ed. *Athéna* (Paris).

(3) *Le Subjectivisme*, p. 27. Ed. del «Fauconnier» (Paris).

(4) *Le Subjectivisme*, págs. 21-22.

(5) *La Philosophie d'Ibsen*, p. 13. Ed. de «L'Idée Libre», Conflans-Honorine (Seine et Oise).

(6) *Le Petit Manuel Individualiste*, p. 3.

(7) *Les Apparitions d'Ahasvérus*, p. 66. Ed. *Figuiere* (Paris).

(8) *Les Paraboles cyniques*, p. 119. Ed. *Figuiere*.

(9) Schopenhauer: *La vie, l'amour, la mort*. Ed. Dentu (Paris).

(10) León Daudet: *Le voyage de Shakespeare*, p. 123. Ed. Plon-Nourrit (Paris).

(11) Etude sur Han Ryner, *La Revue Anarchiste*, n. 15, 20 de marzo de 1923 (Paris).

(12) *Le Petit Manuel Individualiste*, p. 5.

(13) *Le Cinquième Evangile*, p. 100. Ed. «Athéna».

(14) *Le Cinquième Evangile*, págs. 157 y 159.

(15) *Le Cinquième Evangile*, p. 111.

(16) *Le Cinquième Evangile*, págs. 2, 3.

Lo que cuenta es la conducta

Bajo las palabras « ductilidad », « sicología », « necesidades superiores », etc., o bajo el manto de la duda, hay quien aconseja templanza en el hacer como en el decir. Pero sobre este asunto delicado, no todo el mundo opina lo mismo. Por ejemplo, célebre es la sentencia de Unamuno cuando, tanto para sí mismo como para los demás, dijo:

— ¿Tropezáis con uno que miente? gritadle a la cara: ¡MENTIRA!

— ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye una muchedumbre con la boca abierta? gritadles: ¡ESTUPIDOS!

O sea, que se puede — y se debe — ser correcto, pero llamarle pan a lo que es pan y vino a lo que es vino.

Ideas sobre educación

— VIII —

UNO de los acontecimientos de mayor importancia del siglo XVI y que hizo estremecer todos los cimientos políticos, económicos y religiosos de la sociedad, fué la Reforma. Las causas que abocaron a los pueblos hacia este movimiento fueron varias. Entre éstas, la creación de las nacionalidades, cuyos intereses chocaban con los de la iglesia romana, puede contarse como una de las principales. La rivalidad política, económica y de otras índoles, entre las naciones, daba lugar a guerras interminables, como por ejemplo la guerra de cien años (1337-1453) entre Francia e Inglaterra. Estas guerras, como todas las guerras, desangraban a las naciones que se veían envueltas en ellas, y como el único medio de subvencionarlas era el impuesto sobre tierras, industrias y toda clase de propiedad del país, los gobiernos se veían en grandes dificultades para recabar los medios necesarios. Como sabemos la iglesia tenía inmensas propiedades en tierras y demás, ninguna de ellas sujeta a impuesto nacional, y, además, el papa dentro de esas naciones donde la iglesia reinaba soberana, se aseguraba formidables riquezas por medio de diezmos, venta de indulgencias y otros impuestos. Todo esto provenía de la misma gente donde el rey tenía que recurrir a sacar fondos para el mantenimiento de su gobierno. Naturalmente toda riqueza que el papa sacara del país no importa en concepto de qué, unida a las propiedades de la Iglesia todas exentas de gravámenes, eran recursos que no podían ser usados por el gobierno, y esto de ninguna forma podía agradar a los reyes. En 1302 el rey de Francia convocó los Estados Generales e hizo votar un decreto contra los derechos que el papa tenía de interferir en los asuntos interiores de la nación, especialmente en asuntos de impuestos y cuestiones fiscales. La opinión pública, bien porque no existiera en el sentido que hoy tenemos de ésta o porque no creyera oportuno tomar partido, no apoyó la actitud del rey, no obstante parece haber atraído a una gran mayoría del pueblo, lo cual venía a demostrar que el poder político bien organizado podía desafiar el poder papal en asuntos domésticos. Esta acción del gobierno francés se reflejó también en casi todos los estados europeos, pues muchísimos salieron con limitaciones a los que la iglesia consideraba sus derechos inalienables y propios.

LA iglesia nunca se sometió a la pérdida de los que consideró sus intereses materiales con evangélica! sumisión, de ninguna manera, pero como se suele decir en todos los tiempos ha sabido nadar y guardar la ropa y en estos que

corrian, supo hacer honor a su ¡honor! En definitiva esta institución no es humilde más que ante la fuerza; ante la humildad es arrogante y tirana, por eso damos una ojeada al estado en que se hallaba cuando estas reivindicaciones nacionales tenían lugar. Por esos tiempos ocupaba la sede romana Bonifacio VIII autor de las bulas «Unam Sanctum» y «Clericis Laicos», en esta última prohibía a las autoridades civiles cobrar impuestos del clero que él de antemano no hubiese autorizado. Autor también del año Santo especial de indulgencias y perdones para todos aquellos que fueran a Roma en el año 1300, lo cual, a decir de algunos historiadores, le fué de tanto provecho que pudieron recoger el dinero «con rastrillos y palas». A esto pudieron agregar la inmensa fortuna que les proporcionó la venta de reliquias, medallas e historias que se llevaron los peregrinos. La inescrupulosidad de Bonifacio le llevó a la pelea con los nobles de Roma quienes ayudados por los franceses en 1303 lo depusieron con acusaciones espantosas. De antemano había huido a Annagni y dicen que le mató la furia a que le llevó la noticia de su deposición.

En 1304 después de una lucha larga y furiosa entre los cardenales franceses e italianos, el obispo de Burdeos cogió la tiara y ascendió a la sede papal la cual por la preponderante influencia de Francia sobre el papado, fué trasladada a Aviñón, valle del Ródano, en la frontera francesa en donde permanecería más de setenta años. A este período de interferencia e imposición del rey francés en los asuntos y política del papa se le conoce en la historia como la «Cautividad Babilónica» de la iglesia. El nuevo papa se llamó Clemente V y al parecer se entendía perfectamente con el rey de Francia, pues tan pronto fué coronado en Lyon empezó a agasajarlo absolviéndolo de todas las cargas y anatemas que volcaron sobre él papas anteriores, concediéndole al mismo tiempo un diezmo por cinco años sobre el clero. Naturalmente con esta influencia gala el colegio de cardenales se hallaba infestado de eclesiásticos franceses y hay que agregar que todos los papas que reinaron durante estos setenta años fueron pro franceses. No cabe dudar que Inglaterra, habiendo estado todo este período en guerra con Francia, consideraba a los papas de Aviñón como aliados del enemigo. No sólo Inglaterra sino Alemania también fué, con el tiempo, adquiriendo igual sentimiento a este respecto; pues la Dieta de Frankfort, en 1338, declaró solemnemente que el rey adquiriría los derechos de soberanía directamente de Dios y no a través del papa. En adelante esta doctrina del derecho divino de los reyes se usaría como un arma contra el papado en interés de la independencia nacional.

EN 1377 el papa Gregorio XI volvió a Roma a recobrar el poder y autoridad sobre los estados papales en Italia. A la muerte de éste la lucha se entabla nuevamente sobre la elección del nuevo papa y ante la imposibilidad de reconciliación entre los cardenales franceses e italianos cada bando trata de imponer su albedrío sobre el otro: primeramente eligen a Urbano VI, un italiano, y a continuación a Clemente VII, un francés. Urbano quedó en Roma con sus partidarios italianos, y Clemente se fué a Aviñón con los suyos. Esto daría comienzo al Gran Cisma (no el primero por cierto en la historia papal) que tendría al cristianismo en suspenso casi cuarenta años esperando siempre a ver cual de los rivales, al parecer ambos expertos en la intriga y juegos de la época, se atraía la gracia del Espíritu Santo. Mientras tanto Francia y sus aliados, con Nápoles y Escocia, apoyaban a Clemente, mientras que Inglaterra capitaneaba al grupo que apoyaba a Urbano. Con todo lo que entrañaba esta división hubieron varios planes para tratar de reconciliar los ánimos, tales como parlamentaciones, abdicación forzada o voluntaria, la desobediencia tanto a un lado como a otro, etc., pero nada llegaba a ponerse en práctica. Hasta que unos cuantos prelados se reunieron en Concilio en Pisa, destituyeron a los papas reinantes, Gregorio XII y Benedicto XIII y eligieron a Alejandro V y ahora en vez de dos había tres vicarios de Cristo ya que los dos primeros se negaron a abdicar. Alejandro murió enseguida y Baldassare Cossa cogió la tiara bajo el nombre de Juan XXIII. Esta situación duró hasta que Segismundo de Hungría tomó el asunto del cisma como cosa propia y convocó un Concilio de la iglesia en Constanza para juzgar a los tres papas, esto fué en los primeros días del año 1415. Los tres papas fueron destituidos y el «Espíritu Santo» favoreció a Martín V, quien tenía otros concilios regularmente para ver que la reforma se iba haciendo...

TODAS estas luchas internas y divisiones en las altas esferas de la iglesia católica no tendrían otra importancia y significación que las que se les pueden aplicar a las imperfecciones del género humano aunque se diga inspirado por el Espíritu Santo o por el mismo Dios, si los contendientes hubiesen obrado bajo el impulso de unos principios dignos de lo que se decían representar, pero los hechos demostraban que tanto los unos como los otros no perseguían más que la acumulación de poder, riquezas y autoridad que les permitieran proseguir la vida licenciosa y corrupta que con tanta impunidad (y sin ella) y tan eficientemente se disipaba bajo el manto papal.

Como muestra de lo que representaban estas luchas sin cuartel por la consecución de la sede de San Pedro y a los fines que la mayoría de los que ascendieron a ellas la emplearon, demos algunas de las pruebas que reunió el Concilio de Constanza en el sumario contra Juan XXIII, las cuales retratan a una gran mayoría de los que le precedieron como vicario de Cristo bien por usurpación o elección pacífica. Nos dice un historiador: «En la acusación había cincuenta y cinco ar-

tículos, pero yo debo resumir. El Santo Padre fué presentado como «perverso, irreverente, impúdico, embustero, desobediente e infecto con infinidad de vicios». Cuando leemos las páginas de detalles llegamos a la conclusión de que sería mucho más simple enumerar los vicios, si hubiesen algunos, que no llegaron a afectarle. El amasó una inmensa fortuna por medio de simonías y de esta forma pudo comprar el cardenalato. Como cardenal legado en Bolonia fué «inhumano, injusto y cruel». Obtuvo el papado por la violencia y el fraude, aunque ridiculizó la misa, el ayuno, etc., de la iglesia. Como papa fué un opresor del pobre, perseguidor de la justicia, pilar de los malvados, estatua de los simoníacos, adicto a la magia, la hez del vicio, todo dado al sueño y a los deseos carnales, un espejo de infamia, un profundo inventor de toda clase de maldades. El vendió prebendas, bulas, sacramentos, indulgencias, consagraciones, en una palabra, todo aquello que podía proporcionarle algún dinero. Practicó el sacrilegio, el adulterio, el asesinato, la espoliación, la violación y el robo».

A llenar el vacío de casi un siglo en la sucesión de Padres Santos desde esta época hasta llegar a los acontecimientos que dieron nombre a la Reforma, vinieron entre otros, la familia española de los Borgias cuyos excesos en todos las artes de la corrupción supieron sobrepasar con méritos en su clase.

Si de esta forma se conducían los prohombres de la iglesia el estado llano de ella vemos que se movía en un ambiente de degeneración tan bajo como el estado de su educación permitía. Sobre esta corrupción general se encontrarán muchísimos escritos de la época de autores de todas las nacionalidades. Nuestro Fr. Prudencio de Sandoval escribiendo sobre los monasterios dice «que tienen vasallos y muchas rentas y cuyos prelados, como se hallan señores, antes se hinchan y tienen soberbia y vana gloria de que se precian y danse a comer y beber, e tratan mal a sus súbditos y vasallos, siendo por ventura mejores que ellos...» Le parece un insulto «que hereden y compren, porque de lo que en su poder entra, ni pagan diezmo, ni primicia ni alcabala y si así se deja, presto será todo de los monasterios». Al hablar de los obispos dice «si tienen un obispado de dos cuentos de rentas, no se contentan con ellos; antes gastan aquellos sirviendo a privados de los reyes para que los favorezcan para haber otro obispado de cuatro cuentos. E otros algunos tienen respecto a hacer mayorazgo para sus hijos, a quienes llaman sobrinos, y así gastan las retas de la Santa Iglesia malamente». «Ya por nuestros pecados todos los malos ejemplos hay en eclesiásticos y no hay quien los corrija y castigue».

«Obispos llenos de buenos bocados y de puerros y especia, sin vergüenza de gastar el mantenimiento de los pobres en usos de soberbia y lujuria; el día de la muerte hará en ellos gran jira el demonio», dice Fr. F. de Osuna. Pablo de León blasfema contra los prelados y curas que «nunca ven sus ovejas, sino ponen unos ladrones por provisos que a ninguno absuelven por dinero, ni dis-

pensan sin pagarlo, que guardan el pan como lo-greros y lo más caro que se vende en la tierra es suyo». Que la iglesia no tiene hoy mayores lobos, ni enemigos, ni tiranos, ni robadores, que los que son pastores de ánimas y tienen mayores rentas... Toda la iglesia, por nuestros pecados, está llena, o de los que sirvieron o fueron criados en Roma, o de obispos o de hijos o de parientes o sobrinos, o de los que entran por ruegos como hijos de grandes, o entran por dinero o cosa que valga dinero, y por maravilla entra uno por letra o buena vida. Y así como dinero los metió en la iglesia, nunca buscan sino dinero, no tienen otro intento que acrecentar la renta, que de aquella tienen cuidado y no de las ánimas.»

ALFONSO de Valdés en el «Diálogo de las cosas ocurridas en Roma», Latancio y el Arcidiano discuten las causas que motivaron el saqueo de Roma por las fuerzas del emperador Carlos V lo cual les lleva a las immoralidades del alto y bajo clero entre otras al insaciable afán de hacer dinero a toda costa. Y dice Latancio: «Veo, por una parte, que Cristo loa la pobreza y nos convida, con perfectísimo ejemplo, a que la sigamos, y por otra, veo que la mayor parte de sus ministros ninguna santa ni profana podemos alcanzar sino por dineros. Al bautismo, dineros, a la confirmación, dineros; al matrimonio, dineros; a las sacras órdenes, dineros; para confesar, dineros; para comulgar, dineros. No os darán la Extrema Unción sino por dineros, no tañerán campanas sino por dineros, ni os enterrarán en la iglesia sino por dineros, no oiréis misa en tiempo de entredicho sino por dinero; de manera que parece estar el paraíso cerrado a los que no tienen dineros. ¿Qué es esto, que el rico se entierra en la iglesia y el pobre en el cementerio? ¿Que el rico entre en la iglesia en tiempo de entredicho y al pobre den con la puerta en los ojos? ¿Que por los ricos hagan oraciones públicas y por los pobres ni pensarlo? ¿Jesucristo quiso que su iglesia fuese más parcial a los ricos que no a los pobres? ¿Por qué nos aconsejó que siguiésemos la pobreza? Pues allende de esto, el rico se casa con su prima o parienta, y el pobre no, aunque le vaya la vida en ello; el rico come carne en cuaresma, y el pobre no, aunque le cueste el pescado los ojos de la cara; el rico alcanza ocho carretadas de indulgencias, y el pobre no, porque no tiene con qué pagarlas, y de esta manera hallaréis otras infinitas cosas...»

Pero el escritor contemporáneo que por su autoridad en la república de las letras, contribuyó a que la Reforma fuera un hecho, hasta el extremo de que se llegara a decir que él fué el que puso el huevo de ésta, fué Erasmo de Rotterdam. Erasmo atacó los abusos de la iglesia con toda franqueza, fuerza y libertad que le proporcionaba la impunidad que gozaba por ser autoridad intelectual internacional, pues ni rey, ni papa ni jefe de Estado atacaba ni permitía a ninguno de sus súbditos que atacara a esta águila del pensamiento por miedo a que hiciera volcar la balanza del lado contrario. Esta crítica la expuso en infinidad de libros de breve contenido, «de amenas formas, salpicados de chistes y cuéntecillos contra

frailes y monjes», que diría nuestro Menéndez Pelayo. Allí hace pasar por su agudo y espeso tamiz el estado moral de los religiosos y religiosas, pequeños y grandes. Estas obras se llaman, «Elogio de la locura», «Los coloquios», «El inchiridión», etc., etc., en las cuales critica no sólo los excesos y corrupción de la Iglesia, sino su doctrina y hasta el dogma mismo. Censura a papas, obispos, órdenes religiosas, y arremete contra lo que llama «vulgo, religiosos y monjes, execrados y aborrecidos por todo el mundo, que huye de ellos como de la peste; los cuales, con voces asininas repiten los Salmos en el templo y venden muy caras sus inmundicias y mendicidad, haciendo de ellas ostentación en calles y plazas; y todo lo tienen por regla y precepto, hasta el color del hábito y las horas de dormir.»

EL grito de reforma no cabe duda era universal, pero no en todos los países significaba lo mismo en extensión y profundidad, pues mientras en los países del sur europeo ésta iba dirigida a los vicios y escándalos que habían traído a la religión católica a confundirse con la hez de la sociedad, los países del norte apuntaban no sólo a este mal sino a las supersticiones, ritos, reliquias, mitos, etc., que a su forma de ver desvirtuaban el texto de la Biblia. Amparándose en estas creencias muchos grupos y órdenes plantaron cara a la iglesia, la cual, calificándolos de heréticos, los persiguió y exterminó cuando pudo.

Los ataques de Lutero contra el papado como pretexto por la venta de indulgencias y terminaron el edicto de 1517 en el cual declaraba, contra la creencia de que la indulgencia podía descargar la culpa y temperar el castigo de los pecados, que el verdadero tesoro de las virtudes se encerraba en los evangelios. Este edicto se propagó como el fuego por toda Alemania, y las consecuencias que esto trajo fueron mucho más lejos que lo que el mismo Lutero esperaba y, sin duda alguna, deseaba.

Lo que creyó que sólo daría pie a una discusión entre amigos, se convirtió en un movimiento que poco a poco le condujo a la ruptura con la Iglesia de Roma. El papa no podía ignorar esta rebelión y menos al que de una forma tan casual se hallaba a la cabeza de ella, y bien para que se explicara sobre las quejas de sus escritos o para una vez allí deshacerse de él, llamó a Lutero a Roma. Este no se presentó y recurrió a la ayuda del príncipe Federico, quien no solamente le apoyó sino que él mismo tomó una parte activa en el movimiento. Lo mismo hicieron los jóvenes humanistas alemanes unidos a todos aquéllos que deseaban una Iglesia nacional libre. Roma entonces recurrió al poder del emperador, pero éste tenía muchas más cosas a que atender y antes de que pudiera desligarse de tanto compromiso, el protestantismo había triunfado en toda la parte norte de Europa donde tenía ya establecidas iglesias y escuelas.

EL protestantismo sostenía que a todo el mundo deberían enseñarse «las Sagradas Escrituras» como bases de su fe y su vida, de sus propias inclinaciones y participación en la vene-

ración pública, y de sus deberes como miembro de la Iglesia. Una de las preocupaciones de la nueva Iglesia fué la educación de los líderes y miembros de ésta haciéndola al mismo tiempo extensiva a la sociedad en general, hombres y mujeres. Las lenguas vernáculos, que ya se iban imponiendo desde hacía bastante tiempo, también obtuvieron la consideración de los protestantes y en todos los pueblos donde dominaban, muchachos y muchachas, recibían, a través de éstas, una educación elemental. Pero hay que tener en cuenta que a pesar de las buenas intenciones del nuevo movimiento y de individuos cuyas actividades principales se dedicaban al mejoramiento de la educación del pueblo, ésta en el transcurso del período revolucionario sufrió terribles daños que fueron difíciles de reparar. Irremisiblemente muchas escuelas hubieron de cerrar sus puertas por falta de alumnos unas veces, por falta de profesores otras, por falta de ambos en muchas ocasiones. Es lógico que esto ocurra cuando las opiniones se hallaban divididas; por tanto unas veces eran los maestros los que abandonaban las escuelas por no querer enseñar principios opuestos a los suyos, y otras eran los padres de los alumnos quienes retiraban a éstos de ellas para evitar contagios con opiniones opuestas.

La actividad de Lutero fué enorme, escribiendo folletos, manifiestos y libros dirigidos tanto a gobernantes, autoridades civiles y al pueblo pidiendo ayuda para llevar a cabo la reforma y el programa de organización en las escuelas y en la iglesia. En Lutero se halla por primera vez la idea de la asistencia forzosa a la escuela y la sugerencia de que el Estado debería legislar para reforzarla. Esta idea no la veríamos en acción en la mayoría de las naciones hasta bien entrado el siglo diecinueve, no obstante en el pequeño Estado de Weimar se pidió la educación obligatoria para todos los niños, y en lengua vernácula, en 1619.

En las escuelas donde se enseñaba en lengua vernácula, el programa de enseñanza consistía generalmente en lectura, escritura y aritmética y Lutero propuso la introducción de la música, la poesía y la historia. Ponia marcado interés en la labor del maestro y decía que la vocación de éste era la más próxima a la de ministerio, «la más elevada y la mejor». Aspiraba a que las escuelas fueran lugares donde reinara la alegría para que los niños pudieran gozar en la adquisición de conocimientos. A ejemplo de los hombres encuadra-

dos en el humanismo, Lutero atacó violentamente el sistema de escuelas de la Edad Media, calificándolas de «infiernos y purgatorios donde se torturaba a los niños, y donde después de tanto castigo y molestia los chicos no aprendían nada.» Creía Lutero que con sólo dos horas de clase al día, los chicos podían adquirir una buena educación, dedicando el resto de la jornada a aprender un oficio cualquiera. En otros sentidos siguió más o menos las corrientes de la época, dando su aquiescencia sobre los estudios de las lenguas clásicas, latín, griego y hebreo, por considerarse estudios sagrados, esenciales y necesarios para el conocimiento de las Sagradas Escrituras.

En el norte de Alemania trabajaba fuertemente J. Bugenhagen, organizando escuelas de latín y escuelas parroquiales donde se enseñaba a leer y a escribir. Realizando la misma labor estuvo en Dinamarca y su ejemplo cundió con la organización de escuelas en todos los países escandinavos para la gente del pueblo. Melancthon, por su parte, organizó las escuelas de Sajonia, sacando a luz escuelas elementales y especialmente las de latín, en las cuales tenía gran interés. J. Sturm en 1538 abre su primer «Gymnasium» protestante humanista, el primero de este tipo y que llegaría a ser la escuela secundaria dominante en todo Alemania desde entonces hasta nuestros días.

UNO de los factores más importantes sobre éste y otros tipos de escuelas de la Reforma, es que tanto el Estado como la Iglesia, cooperaron por igual en su establecimiento y mantenimiento. Este sería también el primer paso en la «entrega», que se irá realizando a través de los años, de las funciones de la educación de manos de la Iglesia a las del Estado. Parece que desde entonces las actividades del Estado sobre la educación van en aumento, hasta que en los siglos dieciocho y diecinueve, los Estados toman a su cargo la mayoría de las instituciones de enseñanza.

En Suiza, al mismo tiempo que en los otros Estados protestantes se trabajaba asiduamente para llenar esta necesidad de sistemas de educación que había creado el movimiento, y el joven Ulrich Zwingli, que se había alzado contra Roma al mismo tiempo que Lutero, se encargaba de esta labor, publicando un pequeño tratado en 1523, titulado «La Educación de los Niños», el cual fué el primer libro sobre educación escrito bajo un punto de vista protestante.

(Continuará)

Valores auténticos

Se cuenta que un joven preguntó a Mozart cómo componer una sinfonía.

— Es usted muy joven — le respondió el gran músico —. ¿Por qué no comenzaría con baladas?

— De acuerdo, pero ¿no escribió usted sinfonías a la edad de 10 años?

— Es cierto — dijo Mozart —, pero yo no pregunté cómo hacerlas.

EL GALEOTE

por DENIS



RASE un hombre que se había encaminado, desde la juventud, hacia su perdición.

Nada juzgó, en cuanto tuvo uso de razón, razonable. E incapaz de hipocresía, proclamó su juicio. Como supo y pudo. Se le hacía, por esa actitud, difícil la vida, muy difícil, pero la prefería difícil a indigna.

Fué a parar, al fin, por su preferencia a la cárcel.

No salió de la cárcel vencido. No vence la cárcel al hombre. Le infunde hombría nueva. Si por ver feas las cosas se obtiene ese premio, es que eran más feas de como se veían. Salta a los ojos, entre los muros del encierro, su fealdad mayor. Que al salir del encierro se pregonara, sin temor a ser encerrado de nuevo. Vuelven la espalda a deber tan alto los no nacidos por él.

Fué su prisión corta. No le llevó, el verse libre, a evitar otra. Le salía al encuentro, en cada esquina, la fealdad del mundo. El ir y venir de los hombres a la caza de modos de vivir innobles le ponía fuera de sí. Y no siempre le era posible retener sus palabras indignadas. Apenas escuchadas.

No sentía nostalgia de la prisión, pero no podía impedir que sus pasos le encaminaran a ella de nuevo. Todo estaba ordenado para ir tras la vida innoble con más facilidad que tras la vida digna. Conducía la dignidad a la miseria, la falta de nobleza a la fortuna. No era tarea hacedera llevar a elegir la ruta difícil y a abandonar la fácil. Quien no explotaba a nadie, quien no engañaba a nadie, quien no se rebajaba ante nadie, sólo tenía ante sí infortunios. Se abrían las puertas más cerradas al que explotaba a otros, al que engañaba a otros, al que se rebajaba ante otros. No se perseguían, así, otros fines que la explotación, el engaño y la bajeza, que colmaban de bienes. Predicaba, cuando predicaba, en desierto. Poblado, pero desierto.

Era, como hijo de su país y de su tiempo, cristiano. Pero escandalosamente. Calumniaba al fundador del cristianismo. Ponía en su boca herejías intolerables. Leyendas que desequilibrados habían puesto en circulación, las tomaba por realidades. No era cierto, como decían esas leyendas, que el fundador del cristianismo hubiera combatido la autoridad, y la propiedad. Era el fundador del cristianismo un salvador, y no hay salvación posible sin autoridad, y sin propiedad. A la vista estaba. Los representantes de la autoridad, y los propietarios, se habían salvado.

No era ese el lenguaje que ante él se usaba, pero era ese. Y oírlo le enrojecía. Malos cristianos, para él, todos los que así hablaban. Falsificadores sin conciencia que iban a acabar, que habían acabado ya con el cristianismo. ¿O sería él el mal

cristiano? Le asaltó esta duda. ¿Es que las doctrinas no son para vividas? ¿Es que todas están condenadas a dar paso a realidades monstruosas que lleven su nombre? No quería admitir que así fuera. Se aferraba a su cristianismo, al que creía deber la repugnancia que sentía por cuanto le rodeaba. No eran los otros cristianos, ni malos. Eran no sabía qué. En todo caso, innobles. Corriendo siempre tras la riqueza o el poder, por no importa qué medios. Y contentos cuando, por no importa qué medios, alcanzaban la riqueza o el poder.

Había ido siempre a las iglesias a conversar, a monologar con el fundador del cristianismo. Dejó de ir a ellas para no encontrarse, en lugar para él sagrado, con tanta criatura que no podía dirigirse como él al que él se dirigía. ¿Qué monólogo podían tener con el fundador del cristianismo los que explotaban a otros hombres, los que engañaban a otros hombres, los que se rebajaban ante otros hombres? ¿Qué podían decirle los que vivían holgadamente a costa de la miseria de sus semejantes, los que vendían por diez lo que les costaba uno, los que se humillaban para poder más tarde humillar a su vez?

No pudo escoger camino más recto para perderse. Era ya mal mirado por sus prédicas. Se acogió con gozo su impiedad. Y sin sorpresa. Sólo un impío podía permitirse las censuras que él se había permitido. El orden en que se vivía había sido establecido por Dios mismo. Unos nacían para gozar, otros para trabajar. Unos habían venido al mundo para mandar, otros para obedecer. Poner en duda que aquellos que gozaban no merecieran los goces, que aquellos que mandaban no merecieran el mando, era poner en duda la sabiduría de Dios. No bastaba, para el que tal duda abrigaba, el infierno a que estaba condenado. Debía ya ser llevado al infierno aquí.

Había sido llevado a prisión — al infierno —, tras la primera vez, varias veces. Pero siempre por delitos leves. La primera vez se había permitido imitar al fundador del cristianismo: al salir de la iglesia, había arrebatado el látigo a un carretero y se había lanzado con él en alto sobre una multitud de mercaderes establecidos, con sus puestos de estampas, y de medallas, y de libros de oraciones, en las mismas puertas del templo. Rieron, por suerte suya, los encargados de juzgarle, que no apreciaban a los mercaderes miserables. Y el encierro duró poco.

Siempre, en lo sucesivo, duró poco. Se creían tan fuera de su alcance los que le encerraban, que no le encerraban sino por no dar mal ejemplo. Divertidos por sus extravagancias.

—Encerraríais igualmente — les dijo una vez — a aquel a quien imito.

Sincero, uno de los jueces murmuró:

—Sin duda, sin duda.

Ahora, declarado ya impío por todos, no le esperaba, cuando llegara, condena insignificante.

Llegó, inesperadamente, lo por tantos deseado. Una vecina del hereje, vieja, devota y avara, había sido asesinada y robada. Nadie, sino él, podía ser el asesino y el ladrón. Toda su vida abonaba en favor de esta hipótesis. No había en la ciudad persona que no fuera devota, salvo él. Y era increíble, e inadmisible, que un devoto hubiera asesinado a la devota. El, que había dejado de ser devoto, que seguramente no lo había sido nunca, aunque lo pareciera, era el asesino.

No se encontró prueba alguna que le acusara. No hacía falta. Estaba allí toda la ciudad, acusándole. Había llegado la hora de vengarse de todos sus ataques, injustos, injustos, injustos. Cada cual vivía su vida como podía. ¿Quién era él para censurarles? ¿Qué autoridad tenía para juzgar mal sus esfuerzos por vivir vida mejor? ¿Es que no está permitido por las leyes, que si no vienen de Dios Dios aprueba, saltar de un peldaño a otro de la fortuna? Si no siempre los medios de dar el salto son fáciles, ¿qué culpa tiene nadie?

Fué condenada, por acusación tan unánime, a galeras. Para toda la vida. Salía de una prisión para entrar en otra. Mirando a sus jueces, y a sus acusadores, con mirada que les habría hecho, a todos, bajar la mirada.

Y en el barco a que fué llevado, para remar hasta la muerte, no encontró sociedad distinta a la que tras sí dejaba. También allí, atados a su trabajo, había explotadores, y enredadores, y hombres bajos. No los despreciaba por sus delitos, tal vez semejantes al que a él le había llevado allí, o en todo caso no más graves que os perpetrados por los hombres con quienes había convivido hasta entonces, sino por explotadores — miserables, pero explotadores —, por enredadores y por bajos.

Podía, en la calle, huir la presencia que le repugnaba. Le habían robado, al condenarle, esa li-

bertad. No tenía otro remedio, en el barco, que sufrir compañía no deseada. Si no hubiera ocupado sus compañeros de galera los delitos que a la galera los habían conducido, y hubieran tratado de explicarlos, estaba seguro de haberlos mirado con simpatía. Aunque su explicación no fuera explicación. No pregonaba sino inocencia. Hipócritas, aunque inocentes, si lo eran.

El país estaba, por azares de guerras para él desdichadas, en manos de otro país, y regido por un virrey. Altanero, el de entonces, con madera de dictador, pero con cualidades que los dictadores no tienen: un aprecio sin límites por el hombre, aunque fuera enemigo.

Era costumbre que el virrey visitara a los presos, de tarde en tarde, para escuchar sus quejas. Llegado a la ciudad en cuyo puerto se hallaba, de paso, el barco en que el galeote sufría su condena, se dispuso a cumplir su misión. Hubo en el barco, de súbito, revuelto insólito. Los carceleros, increíblemente amables, desataron las cadenas. Y permitieron subir a cubierta a recibir — regalo inesperado — la caricia del sol.

Subió el virrey al barco, en un silecnio imponente. Y a todos los presos, uno tras otro, fué preguntando por qué estaban allí.

Todos, todos estaban por error, a creer su respuesta.

Al llegar al galeote, que era el último, por ser el último condenado, el virrey modificó su pregunta:

—¿Tú estás aquí también por error?

—No — respondió el galeote, igual, en altanería, al altanero virrey —. Yo soy el autor de todos los delitos de que son acusados esos infelices.

El virrey se sintió pequeño, pequeño, o tal vez a la altura del hombre que tenía ante sí, y ordenó a los carceleros:

—Libertad a ese hombre. Echaría a perder, con su ejemplo, a sus inocentes compañeros.

Más sobre la conducta



No es aconsejable adquirir demasiados « deberes ». En materia social, desde el momento que uno se siente obligado y comprometido al cumplimiento de un deber, suele co-gerlo con tanta pasión que llega hasta lo insaciable. En ello se fundamenta el origen de muchas desavenencias humanas. Una de ellas, la que surge en el trabajo colectivo. Mientras el individuo se considera asalariado sus preocupaciones se reducen a: cumplir su misión conscientemente y obtener mejor retribución cada día. Si ese mismo trabajo, en lugar de ejecutarlo en tanto que asalariado lo hace como asociado, como colectivista, como cooperador y, como tal, defensor del conjunto, la cosa cambia; a las dos preocupaciones citadas se suma la de que cada uno ha de « velar » por los intereses de todos. Buen arranque para ejercer el papel de policía — aun sin saberlo — a veces tiránico, y aquello que fué magno al inicio pasa después a ser ruin, para terminar haciéndole insoportable a cada uno. Las palabras dan paso al insulto y éste, como dijo R. Tagore, crea deseos y venganza. He ahí una dificultad de orden sicológico del colectivismo.

MICROCULTURA

669. — Una « cisión » es una cisura o una incisión.
670. — El Budismo, reforma del Brahmanismo, adorador de Buda, predomina en China, Japón y Birmania.
671. — La lengua más difundida del mundo es el chino, hablado por la cuarta parte de la población del globo.
672. — En el desierto del Sahara en Africa, en el Gobi en Asia y en las costas del Perú no llueve nunca.
673. — Las nubes cirros son las que se presentan bajo la forma de largos filamentos blancuzcos, semejantes a la lana cardada.
674. — Las Antillas, región insular de América Central, está compuesta por Cuba, Haití, Santo Domingo e islas menores norteamericanas, inglesas, francesas y holandesas.
675. — Cuba produce la cuarta parte de la producción mundial de azúcar.
676. — Gran parte del Japón sigue también la religión del místico Sinto.
677. — Los diferentes idiomas que se hablan en el mundo ascienden a unos 860; sin contar las variaciones accidentales de los mismos (dialectos), los cuales llegan a unos cinco mil.
678. — La capital de Honduras es Tegucigalpa y la de Nicaragua es Managua.
679. — Cúmulus son las nubes agrupadas en forma de montañas, de contornos redondeados.
680. — La nutrición y la respiración de las plantas fué descubierta por Juan Ingenhousz, médico, químico y naturalista holandés, en 1779.
681. — El Arco Iris es un arco luminoso compuesto de siete colores, que aparece en las nubes opuestas al sol, cuando se transforman en lluvia.
682. — Hasta ahora la gente « culta » de China y Japón ha profesado el Confucianismo, religión que sigue los dogmas de este filósofo chino.
683. — Demostrando la parte sensualista de la Biblia el escritor francés Mirbeau escribió hace dos siglos el libro «*Erotika Biblion*».
684. — Las principales ciudades de Venezuela son Caracas, Valencia, Puerto Cabello y Maracaibo.
685. — En Norteamérica hay 70.000 aviones privados.
686. — Se entiende por « detonar » producir estampido o trueno.
697. — Las nubes Estratos son las que están formadas de largas tiras, casi siempre rectas y superpuestas.
688. — Los halos o coronas son círculos luminosos que rodean algunas veces al Sol y a la Luna.
689. — El primer piano fué fabricado por Cristofori en 1709.
690. — El Fetichismo (adoración de objetos o fetiches) es la religión que predomina en Africa y Oceanía.
691. — El estudioso A. López Rodrigo fué el principal traductor del ilustre Eliseo Reclus en España.
692. — El «*cirtómetro*» es un aparato que sirve para medir la amplitud de los movimientos del torax, durante la respiración.
693. — Después del chino, el árabe es el lenguaje más difundido.
694. — Los grados de la civilización han sido cuatro: vida salvaje, vida pastoril, vida agrícola y vida industrial.
695. — En los últimos cuatro siglos más de 200.000 personas han perecido bajo las erupciones volcánicas.
697. — Los Nimbos, son unas nubes parecidas a los Cúmulus, pero de un color gris oscuro.
698. — La Aurora Boreal es una superficie de corona luminosa que aparece en el cielo de las regiones polares, supliendo en parte la falta del Sol.
699. — La raza cobrita (frente inclinada hacia atrás, boca grande, ojos negros y hundidos) poblaba América antes de la llegada de Cristóbal Colón.
700. — Las ciudades principales de Francia son París, Lyon, Marsella, Burdeos, Lila, San Esteban, Tolosa y Ruán.
701. — En EE. UU. se acaba de probar (febrero de 1959) una extraordinaria técnica para diagnosticar enfermedades contagiosas.
702. — El jefe de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana (la más antigua de las sociedades) es el Sumo Pontífice de Roma, «Vicario Infalible de N. S. Jesucristo», elegido por mayoría absoluta de los cardenales.
703. — Las ciudades más importantes de Paraguay son Asunción, Villa Rica, Concepción y Encarnación.
704. — Los fuegos fatuos son unas ráfagas luminosas que se ven en los campos de batalla, cementerios y pantanos, las cuales son producidas por exhalaciones inflamables que provienen de la putrefacción.
705. — El fiordo de Sognefjord en Noruega tiene 180 kilómetros de longitud.
706. — Gringo es en Argentina todo extranjero que no habla la lengua del país.
707. — La etimología de « Uruguay » viene del guaraní urugua (caracoli e i (rio), río de los caracoles.
708. — En 1857 se inauguró en Buenos Aires el ferrocarril del Oeste, primera vía férrea que se construyó en aquel país.
709. — Las ciudades más importantes de Uruguay son Montevideo, Salto y Paysandú.
710. — Al Papa o «padre santo» corresponde crear los cardenales, que constituyen su corte (Sagrado Colegio).
711. — El Fuego de Santo Telmo, que aparece en los mástiles de las embarcaciones, y algunas veces en las veletas de las torres, en forma de ráfaga de luz azulada, es una acumulación de electricidad en aquellos puntos.
712. — Casi todos los escritos que de los estoicos nos quedan, están compilados en la obra de Hans von Arnim: *Stoicorum Veterum Fragmenta*.
713. — Los fiordos son tan numerosos en Noruega que el desarrollo total de sus costas alcanza trece mil kilómetros.
714. — Rada (o ensenada, fondeadero, cala, anclaje, ancón, surgidero, etc.), es una porción de mar donde pueden guarecerse de los vientos las embarcaciones.
715. — En el año 500 A. C., los grandes filósofos Parménides y Zenón de Elea visitaron Atenas.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Romance de Libertad López

El aire cae en la calleja
más apartada del puerto,
donde siete luces solas,
aisladas y sin destellos,
denuncian la oscuridad
y le ponen siete velos.
Entre sombras, carne impura,
Libertad López Romero,
apunta con su mirada
al borde obtuso del cielo
que se ofrece, desmayado,
picado por los luceros.
Libertad tiene la carne
como el polvo del cemento
cuando el agua de la mezcla
sangre muerta lleva dentro.
Sus ojos fijos, anclados
a las miserias del puerto,
buscan en vano deleites
donde sólo existe el cieno.
Se gana la vida así:
comerciendo con su cuerpo,
y el pan que se come sabe
a pan para pordioseros.
Libertad se hizo en amores
furtivos, locos y efímeros.
Después de matar a Amor,
su marido verdadero,
buscó su amante y sostén
en germánico consuelo,
y desde entonces se da
sin pudor, al extranjero,
por unos dólares verdes
o ciertos marcos rehechos,
por unas libras hinchadas
o algunos francos ligeros.
¡Libertad ya tiene a gala
dar su carne por dinero!
Y el crucifijo sombrío
que en el valle de sus senos
quiere en vano redimirla,
¿no la condena primero?
Pero Libertad no sabe

qué tiene su nombre dentro;
le basta ver que, por fuera,
es postre de bucaneros
y que todos solicitan
compartir su mismo lecho
en la oscura callejuela,
al borde torvo del cielo,
donde la López se libra
a quien paga mejor precio.
Libertad tiene dos hijos
del primer marido, el muerto.
Cautivo vive con ella;
exilio, en el destierro,
llora por la madre innoble
que, crucifijo en el pecho,
a cambio de unas divisas
da sin reservas su cuerpo.
El aire cae en la calleja
con peso brutal de viento,
y en una noche infinita,
carcomida de luceros,
mientras Cautivo se duerme
en un jergón de silencios,
Libertad se entrega, entera,
al abrazo de extranjeros.
¡Ay, Libertad Española!
¡Ay, Manola sin Torero!
¡Ay, flor marchita y sin luz!
Con tu crucifijo negro,
con tu misal de quimeras
y tus acres sahumeros,
no ocultarás la ramera
que te ha prendido tan dentro.
Tus hijos claman por ti
de muy cerca y de muy lejos:
mejor te quisieran muerta
que revolcada en tu lecho
con quien te compra el amor
para hacerte esclava luego...
¡Pobre viuda, manceba,
Libertad López Romero!

ABARRATEGUI

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3,— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15,—. — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5,—. — Manual del fabricante de bolas de sebo», 2,—. — «Manual de Lechería», 2,—. — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4,—. — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5,—. — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5,—. — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3,—. — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4,—. — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8,—. — «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7,—. — «Historia de la literatura rusa», Walisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herratz, 2,—. — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poesías de Plácido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Sambiancat, 3,—. — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3,—. — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3,—. — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5,—. — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9,—. — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3,—. — «Sombras del mal», D. Macardle, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5,—. — «Titanes de la oratoria», 5,—. — «Sehilia», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1,—.

LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hem Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5,—. — «Le cooperatisme», 3,—. — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Quai aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2,—. — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Forino, 4,—. — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2,—. — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4,—. — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4,—. — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2,—. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassu», L. Galleani, 2,—. — «Recherches sur les forces inconcues», Barbedette, 1,—. — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dálnés de la guerre», Monolin, 2,—. — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9,—. — «Cours d'économie politique», Gide, 6,—. — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1,—. — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», R'bot, 2,—. — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1,—. — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2,—. — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frendo, 2,—. — «Chauffage Central», Buroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaudmont (2 tomes), 15,—. — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1,—. — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5,—. — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Madariaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)